

LEOPOLDO LUGONES

H É C T O R
EL DOMADOR



EDITORIAL BABEL
BUENOS AIRES MCMXXIV

PERTENECIÓ A

LEOPOLDO LUGONÉS

ESTUDIOS HELÉNICOS

OBRAS DEL AUTOR:

VERSO

<i>Las Montañas del Oro</i>	(agotado)
<i>Los Crepúsculos del Jardín</i>	»
<i>Lunario Sentimental</i>	»
<i>Odas Seculares</i>	
<i>El Libro Fiel</i>	»
<i>El Libro de los Paisajes</i>	»
<i>Las Horas Doradas</i>	»

PROSA

<i>La Reforma Educacional</i>	»
<i>El Imperio Jesuítico</i>	»
<i>La Guerra Gaucha</i>	»
<i>Las Fuerzas Extrañas</i>	»
<i>Piedras Liminares</i>	»
<i>Prometeo</i>	»
<i>Didáctica</i>	»
<i>Historia de Sarmiento</i>	»
<i>Elogio de Ameghino</i>	»
<i>El Ejército de la Iliada</i>	»
<i>El Payador (tomo primero)</i>	»
<i>Mi Beligerancia</i>	»
<i>Las Industrias de Atenas</i>	
<i>La Torre de Casandra</i>	
<i>El Tamaño del Espacio</i>	
<i>Acción</i>	
<i>Filosoficula</i>	
<i>Cuentos Fatales</i>	
<i>Estudios Helénicos</i>	
I <i>La Furiosa Helena</i>	
II <i>Un Paladín de la Iliada</i>	
III <i>La Dama de la Odisea</i>	
IV <i>Héctor el Domador</i>	

LEOPOLDO LUGONES

H É C T O R
EL DOMADOR

EDITORIAL BABEL
BIBLIOTECA ARGENTINA de BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES MCMXXIV

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

2000 3 11
2000 3 11

ES PROPIEDAD
Copyright by Babel 1924

IV

HÉCTOR EL DOMADOR

VAN a continuación, tal como los publiqué, es decir con algunas repeticiones inherentes a la anotación fragmentaria, la despedida de Héctor y Andrómaca, el duelo de aquél con Ajax, su combate mortal con Aquiles, y el rescate de su cadáver por Príamo. Así concluyen estos cuatro primeros *Estudios*, que no agotan, según pronto se verá, mi materia homérica, pero que son los más coordinados de mi plan cuyo objeto es una selección de los dos poemas inmortales, no una traducción completa.

El epíteto «domador» que pongo a Héctor, es el que constantemente tiene en la Iliada, donde, por cierto, dice a la letra «domador de caba-

llos» o *hipodámio*: redundancia para nosotros, puesto que al escribir domador, empleamos un término de equitación. El complemento sólo procede cuando se trata de un domador de fieras.

Probablemente era aquéllo alusión a los famosos caballos de Anatolia, que eran los troyanos, y que conservan hasta ahora su buena casta.

Asiáticos a su vez los héroes de Troya, pertenecían a la raza de ojos y cabellos negros, como lo eran Héctor y su mujer, es decir antagónica hasta en eso, de la raza rubia cuyo prototipo fué, a su vez, Aquiles.

Hermosísima hasta hoy, como se ve en las mujeres comarcanas de Georgia, Circasia y Armenia, aquella raza oriental era también más sensible y más fina por su cultura. De ahí que Héctor, con su mayor afectuosidad, sea más simpático que Aquiles.

El es, también, quien concibe la idea de una paz honorable, y quien encarna los amores del hogar, y más hondamente los inspira.

Mas, todo ello resultará de los textos y de las notas que siguen.

Sólo quiero, ahora, completarlos con dos trozos ilustrativos. El primero es la actitud decisiva de Héctor, cuando en el ataque del canto XII contra la flota griega, hunde de una pedrada la puerta del bastión. El otro es el armamento de Aquiles para la batalla que terminará con la muerte del troyano.

Advierto que en dicho primer trozo, he seguido los mismos cortes del exámetro, y efectuado la triple división del conjunto que ofrece el original (XII, 451 - 466):

Como un pastor que lleva fácilmente en la mano
El vellón de un carnero, por serle tan liviano,
Héctor alza la piedra y apunta a los unidos
Y sólidos tableros que afianzan el portal;
Traban las altas hojas dos cerrojos corridos
En sentido contrario, con un perno central.
El, de cerca afirmándose en las piernas abiertas
Para no errar su tiro, da en el medio a las puertas.
La piedra hunde ambos goznes, en lo interior cayendo,
Y las puertas retumban con un fragor tremendo;
Y troza los cerrojos, y las tablas separa.
Héctor salta, brillando, por la brecha. Es su cara
Cual la rápida noche, bajo el bronceo lampo
De las armas. Dos lanzas lleva en sus manos. Nadie
Hay, fuera de los númenes, que le dispute el campo;
Nada que cual sus ojos inflamados irradie,
Cuando asalta las puertas.

El segundo trozo es el del armamento que dije
(XIX, 357 - 391).

Decidido a combatir de nuevo contra los troyanos para vengar la muerte de Patroclo, Aquiles estrena las armas que Hefesto le había labrado, mientras los griegos inician desde los navíos su contrataque:

Como cuando el etéreo Bóreas desde el cielo
Hace volar tupidos copos de nieve y hielo,

Así los numerosos cascos que relucían,
Y los combos broqueles, y las corazas hondas,
Y las lanzas de fresno, de las naves salían.

Su brillo iba hasta el cielo; la tierra a la redonda
Sonreía aclarada por el éneo fulgor,
Y el paso de los hombres alzaba un gran rumor.
Allá el divino Aquiles armábase; sus dientes
Crujían y sus ojos relumbraban, ardientes,
Con el dolor de su alma y el odio hacia el troyano,
Mientras iba vistiendo los divinos presentes
Que para él Hefesto trabajó de su mano:

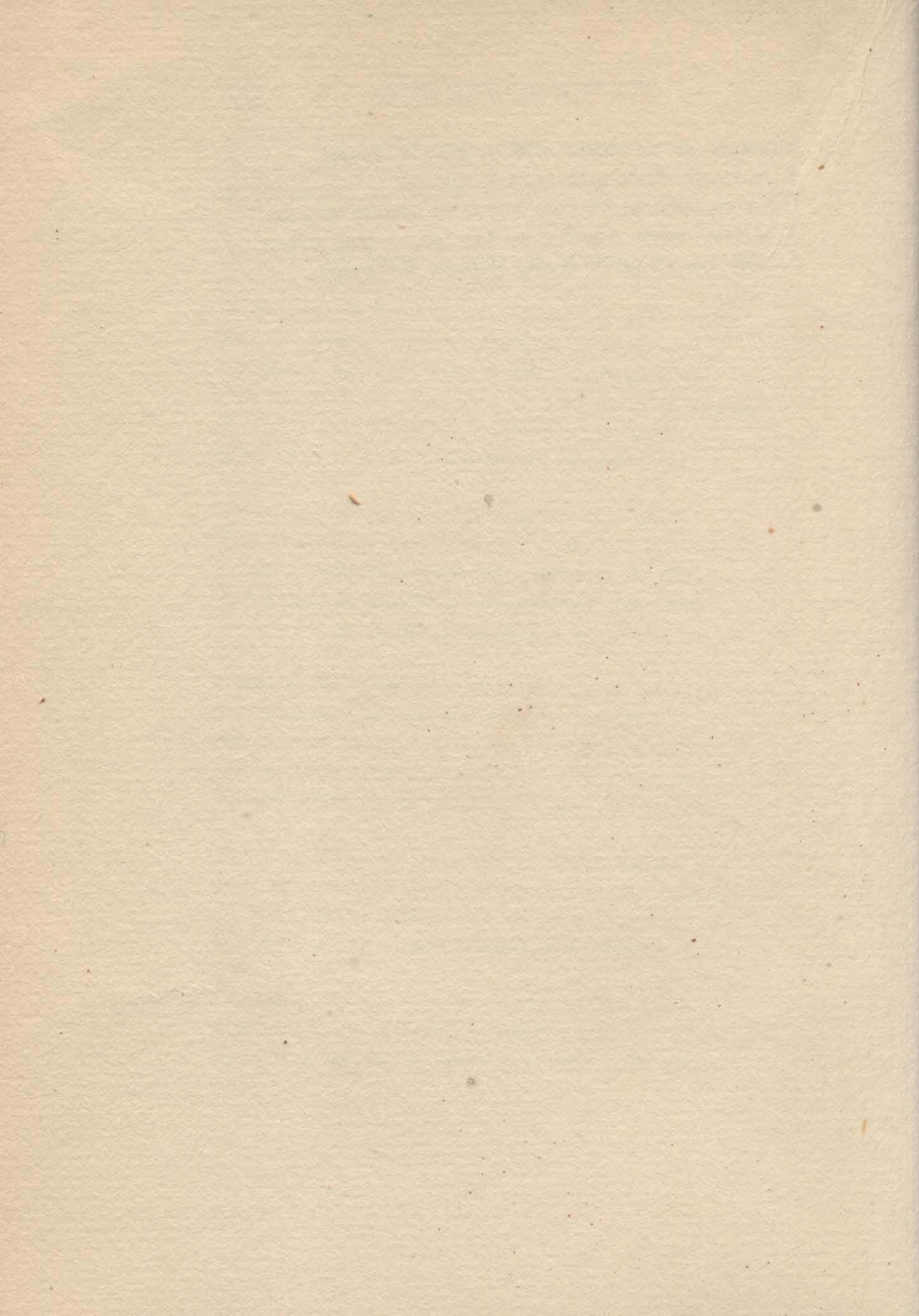
Bellas grebas con broches argentinos se ata,
Fija el arnés al pecho, cuelga de su hombro una
Larga espada de bronce con remaches de plata,
Y embraza un grande y sólido escudo que dilata
A lo lejos su brillo, semejante a la luna.

Como al nauta en los mares alto fuego aparece,
En solitario sitio de los montes prendido,
Mientras lo arrastra, lejos de los suyos perdido,
La contraria tormenta, por el mar rico en peces,
Tal relumbra en los aires el broquel bien pulido.

Arma el héroe su testa con la fuerte celada,
Que empenachada brilla como si un astro fuera,
Al tremolar la espesa crin de oro, plantada
Por Hefesto en el alto crestón de la cimera.

Prueba el divino Aquiles si esas bélicas galas
Sientan bien a su hermoso cuerpo, y mejor se advierte,
Cual si al pastor de pueblos lo soliviasen alas.

Entonces de su funda sacó la grande, fuerte
Y poderosa lanza paterna, que Quirón
Dió a su buen padre para labrar la heroica muerte.
A alzarla, salvo Aquiles, no hay aqueo que acierte,
Sólo él blande aquel fresno pujante del Pelión.



LA DESPEDIDA DE HÉCTOR
Y ANDRÓMACA

EL episodio del canto VI de la Iliada (versos 390-496) llamado los adioses o despedida de Héctor y Andrómaca, constituía para los antiguos, junto con el del rescate del héroe muerto, conseguido por Príamo, la más alta expresión de lo patético.

Tan humano y sencillo es en su noble hermosura, que no requiere advertencias. Limitaréme, pues, a ponerle algunas notas textuales que serán muy pocas. Su interpretación corresponde y pertenece al sentimiento eterno.

Héctor, que dejando un momento la batalla ha regresado a Troya para implorar por medio de las mujeres el auxilio de Atena, no halla a Andrómaca en casa, donde el ama le dice que aquélla

salió en su busca con el niño y la nodriza, tomando para la grande atalaya del muro. Como expresión de ternura, el trozo es singular en la poesía homérica:

Dijo el ama. Héctor, yéndose de la casa muy presto,
 Por las bien hechas calles desanduvo el camino.
 Ya en las puertas Esceas (que es donde, al lado opuesto,
 Debía sobre el llano salir) corriendo vino
 Hacia él su esposa Andrómaca, opulenta heredera
 Del magnánimo Eécion que a la falda viviera
 Del Placo umbroso, en Tebas la hipoplaciana, donde
 Fué rey de los cilicios. A su hija poseía,
 Pues, Héctor del broncíneo casco. Así ella venía
 Ante él, y a la par suya marchaba una doncella,
 Llevando al seno el hijo de Héctor, un tierno infante,
 Que era su bienamado, lindo cual una estrella.
 Escamandrio llamábalo él; mas los otros, como
 Sólo Héctor defendía la ciudad con aplomo,
 Astianax le decían (1). El héroe, con cariño,
 Sonriendo en silencio contemplaba a su niño.
 Andrómaca, llorosa, detúvose a su lado,
 Y de su mano asiéndose, díjole:

—Infortunado,

Tu valor va a perderte, y en tanto no te apiadas
 Ni de tu hijo chiquito, ni de mí, desdichada,
 Que seré tu viuda pronto, pues sobre ti
 Caerán los aqueos para inmolarte así.
 Privada de tu apoyo, morir será mi anhelo,
 Que tu muerte dejaráme un dolor sin consuelo.

(1) Astianax, es decir, el rey de la ciudad, o príncipe heredero, por gratitud hacia su padre.

Ya mi padre no existe, mi augusta madre es muerta.
Mató a mi padre Aquiles, asoló la poblada
Ciudad de los cilicios, Tebas la de altas puertas,
Mas no despojó a Eécion; antes bien, compungido,
Quemólo con sus armas (2) y un túmulo ha erigido,
Que de álamos cercaron las ninfas Orcades
Hijas de Zeus portaégida. Mis siete hermanos juntos,
En un día bajaron a las sombras del Hades,
Que Aquiles, el de raudos pies, los dejó difuntos
Entre los chuecos (3) bueyes y las blancas ovejas.
Mi madre que a la falda del Placo nemoroso
Reinaba también, trájola aquél, sordo a sus quejas,
Con el botín. Mas, luego que mediante un cuantioso
Rescate, concediónos que libertada fuera,
La inmoló en el alcázar Artemis la flechera.
Hoy, Héctor, para mí eres padre y madre honorable,
Y hermano, a más de esposo, como ninguno amable.
Ten piedad, y no dejes la torre (4) sin tu ayuda.
Noagas a tu hijo huérfano y a tu mujer viuda.
Detén a los soldados cerca del cabrahigo,
Que ahí la ciudad es débil y el bastión inseguro.
Ya los héroes más bravos que cuenta el enemigo,
Tres veces intentaron allá expugnar el muro,
Bajo los dos Ayaces, el claro Idómeneo,

(2) O sea, le hizo los honores heroicos de la pira.

(3) Prefiero nuestra voz criolla a "pies tuertos" o "tor-nátiles", conforme escribe Segalá y Estaella en su excelente traducción; pues tal significa estrictamente "cipipódesi", como dice el texto. "Patizambo" es un compuesto, y "zambo" confúndese con el mestizo de negro y de indio. "Chueco" procede, sin duda, de "chueca" o cabeza de los huesos que forman coyuntura; siendo, pues, el vocablo más exacto.

(4) La atalaya adonde ella había ido, como quedó dicho. Así habría permanecido Héctor en las fortificaciones, cuya inseguridad en el punto donde se alzaba el cabrahigo o higuera silvestre recuerda ella acto continuo apra encarecer su indicación.

Los Atridas y el fuerte vástago de Tideo.
O alguien que los oráculos sabe (5) se lo ha indicado
O bien su propio arrojo los ha precipitado.
Respondióle el Grande Héctor del casco tremolante:
—Mujer, bien sé todo eso, pero también me aterra
Lo que dirán, si tímido me aparto de la guerra,
Troyanos y troyanas de peplo rozagante.
Ni está en mi mano hacrelo, que siempre en la porfía
Fuí valeroso y supe mantenerme adelante,
Sosteniendo la gloria de mi padre y la mía.
Bien lo tengo en mi mente y en mi pecho arraigado:
Día vendrá en que, al último, perezca Ilión la santa,
Y Príamo y su pueblo, con el buen fresno armado (6).
Mas, ni el dolor de Troya desvalida me espanta,
Ni el de la misma Hécuba, ni el de Príamo augusto,
Ni el de mis muchos bravos hermanos, que el desastre
Dará por tierra—como tu dolor, cuando entonces,
Uno de esos aqueos tunicados de bronce,
Sollozante y privada de libertad te arrastre.
O cuando en Argos tejas para otro, y compelida
A ir por agua a las fuentes Meseida o Hiperea,
En ti sea la dura fatalidad cumplida.
Y quizá exclame alguno que llorando te vea:
Esta es la esposa de Héctor que fué el primer guerrero
Entre aquellos troyanos que ante Ilión combatieron.
Así dirán, y nuevo dolor ha de angustiarte
De haber perdido al hombre capaz de libertarte.
Pero antes cubra el polvo mis mortales despojos,
Que oiga tu grito o vea tu rapto con mis ojos.

(5) Es decir, los secretos de la plaza.

(6) Por las lanzas, que eran de fresno.

Dice y tiende sus brazos al niño; mas, gritando,
Estréchase éste al seno de la apuesta nodriza,
Pues lo asusta su tierno padre al irse allegando,
Con el bronce y la mata de crin que tremolando
En el timbre del yelmo, fieramente se riza.
Padre y madre sonríen, y el bravo Héctor se quita
El centelleante casco que en tierra deposita.
Besa luego al infante y en sus brazos lo mece,
Y a Zeus y demás dioses dirige así sus preces:

—Oh, Zeus y demás dioses, haced que mi hijo un día,
Cual yo entre los troyanos, sea fuerte y glorioso.
Que sobre Ilión se vea reinando poderoso,
Y en los combates digan de él por su bizarría:
“Pero éste vale mucho más que su padre!” Cuando
Vuelva con los sangrientos despojos de un guerrero,
El alma de su buena madre regocijando.

Dice así y en los brazos de la querida esposa
Depone al pequeñuelo, que ella en su perfumado
Seno acoge, sonriendo todavía llorosa.
Entonces él, notándolo, la acaricia apiadado,
Y dícele:

—Oh, mi triste, no temas por mí, o creas
Que alguien me arroje al Hades, contrariando el destino,
Pues no hay mortal que, tímido o bravo, eluda el sino
Con que nació. Ya a casa vuelve y a tus tareas
Del telar y del huso, y a ver que las criadas
Hagan su parte, mientras del trabajo guerrero
Se encargan los soldados de Ilión, y yo el primero. (7)

(7) Salvo una ligera variante, por la situación personal de los interlocutores, Telémaco y Ulises ordenan a Penélope la misma cosa en los cantos I (356-359) y XXI (350-353), de la Odisea.

Dice el noble Héctor y alza su yelmo empenachado,
Mientras la esposa tórnase a la casa, volviendo
Muchas veces el rostro, de lágrimas bañado.

EL DUELO DE HÉCTOR Y AYAX

(9 de Julio de 1922)

EL duelo de Héctor y Ajax, uno de los más hermosos entre tanto bello pasaje de la Ilíada, reviste en la poesía épica principal importancia. Es, efectivamente, el tipo de los lances caballerescos que hicieron del combate singular el episodio característico, no menos que la definición de las situaciones descollantes en los poemas de la Europa medioeval. Así, a empezar por los más antiguos como el sajón de Beowulf y el provenzal de Gualterio de Aquitania, y mucho más todavía en los correspondientes al doble ciclo de la Tabla Redonda y de Carlomagno, rarísimo será el que no contenga la mención de Troya y de Héctor, o la transparente imitación de la máquina

homérica, aunque conocido todo ello por medio de la Eneida, conserven también, respecto a dicho héroe, la preferencia virgiliana.

De tal suerte, el paladín cristiano se conformó ajustadamente al molde homérico, así en su modo de pensar, expresarse y proceder, como en la manera de organizar sus combates. El poema caballeresco fué, pues, una empresa de civilización; y hasta por su primer instrumento verbal, el latín poético en cuyo seno se formaron los actuales ritmos de las lenguas romanas o romances, el primer renacimiento. Su iniciador y agente más fecundo, el trovador de la Provenza helénica, donde todavía, desde Génova a Cataluña, hablábase griego en el siglo nono, cuando se esbozaron las leyendas, resultó, naturalmente, un hijo de Homero; y con ello, este verdadero numen, el padre espiritual de todos cuantos, tres mil años después de él, seguimos hablando las lenguas filiales que tan profundamente nos diferencian de los bárbaros.

A fuer de cristianos, sómoslo a nuestra vez en comparación, como sectarios o víctimas del asiático dogma de obediencia impuesto materialmente por los bárbaros del Norte; pero en esos idiomas, lo propio que en la índole de raza, poseemos para salvarnos, reasumiendo la perdida dignidad, los sendos divinos móviles de la libertad y de la belleza. Su síntesis es el heroísmo que cantan los poemas homéricos, y ello explica su acción civi-

lizadora sobre la degradada cristiandad. Lo que tuvo de humanamente delicado y cordial aquella ruda barbarie de los siglos medios, fué enseñanza helénica. De ella salió el caballero andante que imitaba a Hércules o a Teseo hasta en los rasgos secundarios de sus leyendas; y la primer empresa que pudo congregarla, abocetando en su obscuro seno a la Europa futura: la Cruzada, fué sugestión de los poemas caballerescos, toscos vástagos de la poesía homérica.

Tiene, pues, oportunidad conmemorativa la publicación de este trozo fundamental, que ensalza el heroísmo, en el aniversario de tan grande acto de belleza y de libertad como lo fué la Declaración de la Independencia. A esa calidad de héroes pertenecieron los nuestros que la realizaron. Una de sus primeras preocupaciones de patria consistió en tener un himno. Pues no concebían la libertad sin la belleza, la gloria sin su verbo condigno. En verso nos definimos ante la humanidad —“¡oid, mortales!”—y cantando entramos en la senda de la historia.

La irreprochable nobleza de este episodio tórnalo particularmente ejemplar para la enseñanza caballeresca.

El lance del canto III entre Paris y Menelao, al cual mucho toma, pues ya se sabe que en el sistema homérico la situación idéntica reproduce el verso igual, concluye con un miserable ardid de la diosa Venus y con la traición de Pándaro

en el canto siguiente: el tratado inacepto a Zeus Kronida, que Héctor mencionará al formular su reto.

Mientras este duelo del canto VII es perfecto en la materia. Lo arman los dioses, pero toda su belleza y dignidad corresponden a la ejecución humana.

Acaso no hay en toda la poesía homérica trozo más bello que el susodicho reto. Constituye por sí solo un poema de la nobleza y del valor. Aquella serena glorificación en la muerte que dignificarán los honores de la pira ante el ancho mar, y confiará al tiempo el sepulcro ilustre, parece una llama excelsa sobre el ara de mármol.

Y después la invitación caballeresca de Ajax a Héctor para que empiece el combate, dándole, así, la ventaja del primer tiro, importantísima hasta poder resultar decisiva en aquella esgrima arrojadiza de la lanza; el tratamiento con que los campeones se decoran uno al otro y divinizan; la igualdad de los recursos bélicos; la doma del furor ante el cetro de los heraldos, jueces del torneo; el cambio de prendas que sellan una amistad entre los héroes: ¿no lo recuerda punto por punto el lector, desde en el Romancero del Cid hasta en La Chanson de Roland?

Qué cosa más bella y natural que el discurso de Néstor para reanimar el coraje vacilante de los aqueos ante el desafío; su tendencia de viejo a la jactancia y a las anécdotas; la larga sere-

nidad de su palabra persuasiva ante la urgente angustia del momento: porque es palabra tan valiosa como el honor mismo, que en ella aconsejan con lengua de oro y plata la experiencia y la ancianidad...

Pero no soy yo quien debe decirlo. Ya lo tendrá el lector en los versos, siquiera sean éstos mis pobres alejandrinos en cuyo débil bronce tiritita estridente el glorioso estruendo de los exámetros. Pero no tengo más instrumento, y ya es mucho que aguante sin estallar el pujante soplo. Así, pues, he de pedir disculpa una vez más para las rimas imperfectas, o para una que otro ruda cadencia, por ventura no extraña al propio original (verso 155), o para dos substituciones que hago de "aqueos" por "dánaos", como suele designar el poeta indistintamente a los griegos, o para el adjetivo "célebre" que le pongo, sin demasía porque es justo, al rey Areítoo. Y, en fin, para no decir siempre "aqueos de las buenas grebas", sino "bien armados", ya que, en suma, es éste el sentido de la expresión.

Advertiré pocos detalles más, a fin de esclarecer debidamente mi texto.

Las expresiones "adarga", aplicada al escudo de Ajax, y "rodela" al de Héctor, provienen de ser aquella primera pieza un broquel de cuero, como lo eran las adargas de justar; mientras no habiendo descripción del segundo, cábele cualquier sinónimo. Segalá y Estalella, en su excelente tra-

ducción, emplea ambas designaciones, y la segunda más profusamente aun.

A "la danza de Ares" con que el texto designa metafóricamente la pelea, tradúzcola yo tal cual, y no con la alusión corriente a la coreografía bélica de los antiguos, o al sanguinario goce del dios de la guerra, o a la música marcial, que, por lo demás, no usaban los homéricos, pues me parece idéntica a la de nuestros gauchos: "empezar el baile" por principiar la batalla.

Recuerdo, por último, que en el canto anterior hay también un trueque caballeresco de prendas entre Diomedes y el troyano Glauco, quienes, al reconocerse en la batalla, decláranse amigos y cambian las armaduras. Pero el episodio hállase rebajado con la discutible ironía de los exámetros finales, que, en la duda, someto al mismo lector:

Dicho esto, y de los carros descendiendo en seguida,
 Danse las manos para que su amistad se pruebe.
 Entonces turbó a Glauco la razón Zeus Kronida;
 Pues al cambiar sus armas con Diomedes Tidida,
 Dió aquél oro por bronce, cien bueyes contra nueve.

(VI, 232-236).

Dijérase que hasta la estima por cabezas de ganado, envilece la insólita epifonema.

Entretanto, sale fácil explicar por qué los regalos troyanos eran más ricos. Aquellos guerreros, además de hallarse en su metrópoli, pertenecían a un país oriental; y ya entonces era más opu-

lento el Oriente. Mientras los otros, como invasores, apenas contarían con los bagajes de campaña. La psicología contradictoria de los paladines puede hallar, por otra parte, explicación en la avaricia del Cid que el Romancero celebra...

He aquí, ahora, que el episodio empieza, cuando Apolo, protector de los troyanos, acaba de proponer a Atena, que lo era de los griegos, una tregua entre ambos ejércitos:

(Verso 33.º a 312.º)

Atena, la ojizarca diosa, le ha respondido:

—Así sea, Flechero, que a esto mismo he venido
Hacia unos y otros, desde la olímpica mansión.
Mas, dime, ¿de qué modo la batalla calmamos?

Y añadió el rey Apolo hijo de Zeus:

—Hagamos

Que ahora Héctor el jinete, con bravo corazón,
Desafíe a combate singular y terrible
Algún dánao, y que a esa provocación sensibles
Los aqueos de grebas de bronce, en su ofensión,
Sepan al divino Héctor oponer un campeón.

Dijo así y la ojizarca diosa Atena ha aceptado.
Heleno, hijo querido de Príamo, inspirado
En lo que a las deidades excogitar pluguiera,
Dirigiéndose a Héctor, le habló de esta manera:

—Héctor, hijo de Príamo, igual en la cordura
A Zeus ¿querrás oirme puesto que soy tu hermano?
Manda que se detengan aqueos y troyanos,

Y tú solo, para una pelea recia y dura,
Reta al mejor aqueo que hacerte cara ose.
Todavía el destino la muerte no te augura,
Que así lo tengo oído de los eternos dioses.

Dice, y Héctor, oyéndolo, lleno de gozo avanza
Al centro, y empuñando por el medio su lanza,
Las falanges troyanas apaciguó y contuvo.
Agamenón sus dánaos bien armados retuvo.
Y Atena y Apolo arco de plata, transformados
En buitres, asentáronse en la encina eminente
De Zeus Padre el portaégida, todos regocijados
Al contemplar las densas filas de combatientes,
Por los escudos, yelmos y lanzas erizados.
Como el soplo del Céfito toda la mar sombrea,
Las falanges troyanas y las tropas aqueas
Cubrían la llanura. Y así Héctor les ha hablado:

—Escuchadme, troyanos y aqueos bien armados,
Lo que ahora en el pecho me dicta el corazón:
El excelso Kronida no aceptó los tratados,
Y el mal seguirá haciéndonos con aviesa intención,
Hasta que ocupéis Troya la del fuerte bastión,
O junto a las veleras naves seáis domados.
Contáis entre vosotros los más bravos aqueos.
Si de pelear conmigo siente alguno deseos,
Que contra el divino Héctor se adelante esforzado.
He aquí lo que propongo, y hago a Zeus mi testigo:
Si con el bronce agudo me mata mi enemigo,
Que se lleve mis armas a los buques, y luego
Devuelva mi cadáver, para que los troyanos
Y sus esposas, me honren, ya muerto, con el fuego.
Mas, si Apolo dispone que sucumba a mis manos,

Y así me glorifica, yo llevaré su arnés
A la santa Ilión, para suspenderlo después
En el templo de Apolo el Flechador; mas, pronto
Devolveré sus restos a las naves remeras,
Para que los aqueos de largas cabelleras
Le entierren y alcen tumba junto al ancho Helesponto;
Y así algún día un hombre de épocas venideras,
Bogando el mar vinoso con su bajel potente,
Diga: He ahí el sepulcro de un antiguo valiente
En quien el brillante Héctor obtuvo la victoria.
Que así se dirá un día para mi eterna gloria.

Dijo y callaron todos, cohibidos al par
Del rubor de negarse y el temor de aceptar.
Entonces Menelao los increpó furioso
Y harto afligido en su ánimo:

—Ay de mí, jactanciosos!

Aqueas y no aqueos! Que horrendo oprobio fuera,
Si ahora al encuentro de Héctor un dánao no saliera!
Así os volváis realmente tierra y agua allá mismo
Donde quedáis sentados sin gloria ni heroísmo!
Mas, yo seré quien se arme, y a él peleando se iguale,
Que el triunfo lo conceden los dioses inmortales!

Así diciendo, púsose la espléndida armadura.
Entonces, Menelao, su fin cercano viera
Tu vida a manos de Héctor, que mucho más fuerte era,
Si los reyes aqueos a obstarlo no se apuran.
El mismo Atrida, el ínclito Agamenón, cogiendo
Tu diestra, por tu nombre te llamó, así diciendo:

—Deliras, Menelao caro a Zeus! Tal locura
Fuera en ti inútil. Cálmate aunque estés afligido.

Rivalizar no quieras con un varón mejor,
Como es Héctor Priámides, de todos tan temido,
Que el propio Aquiles, en el combate más lucido,
Temería hallar, siéndote, como es, tan superior.
Ahora, con tus amigos, ve y siéntate cordial.
Ya sabrán los aqueos alzarle un campeón tal,
Que aun cuando sea intrépido, y su constancia mucha,
Grato hallará el descanso, si escapa, cual desea,
Al funesto combate y a la terrible lucha.

Dijo el héroe, y dócil a su juiciosa idea,
Cedió el hermano cuyos pajes, con alegría,
De los hombros sacáronle el arnés de pelea.
Mientras a los argivos, Néstor, en pie, decía:

—Oh dioses, qué gran duelo para la tierra aquea!
Cómo Peleo el viejo domador, cuerdo guía
Y orador de los mirmidones, deploraría,
El que antaño en su casa, con tanta complacencia
Me indagaba el origen troncal de los argivos,
Si os viera ahora ante Héctor temblorosos y esquivos.
Levantando sus manos con mucha reverencia,
Pediría a los dioses, que su alma a la morada
De Hades precipitaran, de su cuerpo arrancada.
Por Zeus Padre, y Atena, y Apolo! Quién me diera
Ser joven como cuando Pílios y belicosos
Arcadios, ante el muro de Feya, y entre el foso
Del Yardano y el rápido Keladón combatieran.
Ereutalión, déficio varón, iba avanzado,
Con el arnés del célebre rey Areitoo armado:
El divino Areitoo que llamaban los hombres
Y las damas esbeltas, Macero por renombre;
Pues ni el arco o la lanza potente combatía,

Sino con férrea maza las falanges rompía.
Likorgos, reemplazando la fuerza con el dolo,
Le dió muerte en angosta senda donde no había
Cómo la férrea maza lo desviara tan solo.
Likorgos, al acecho, medio a medio ensartólo
En la pica, y tumbándolo por tierra, expolió entonces
La armadura que habíale dado Ares, dios de bronce,
Y que él, para las obras de Ares, siempre llevaba.
Cuando Likorgos se hizo ya viejo en su mansión,
Las regaló a su amado teniente Ereutalión,
Quien, a los principales, con ellas desafiaba.
Temblando con gran miedo, nadie aceptarle osaba;
Mas, a afrontar su audacia, lanzóme ardiente anhelo.
Luché, aunque era el más joven, y gloria me dió Atena,
Pues maté a hombre tan fuerte y enorme, que en la arena
Vasto trecho ocupaba, tendido por el suelo.
Ah, si así conservara juventud y vigor,
Pronto encontraría Héctor del casco tremolante,
La lucha a que provoca; pues ponerse delante
De él, ni el mejor aqueo desea con ardor!

Al reproche del viejo, se alzaron nueve en junto.
Agamenón, rey de hombres, primero estuvo al punto,
En seguida Diomedes, el Tideides potente,
Y luego ambos Ayaces, los del coraje ardiente.
Después Idomeneo con su auriga Merión
Que a Enialio el homicida fué igual en lo valiente;
Y acto continuo Eurípilo, claro hijo de Evemón,
Y Toante Andremónides, y Ulises el divino,
Que en contra del noble Héctor querían luchar todos.
Les habló:

—Que la suerte fije vuestro destino.

Así, el que salga, al gusto será de los aqueos

Bien armados, y él mismo colmará sus deseos,
Si escapa al riesgo aciago de la lucha homicida.

Tal dijo, y una suerte cada cual señalando,
Echáronlas al casco de Agamenón Atrida.
Y los pueblos rogaron a los dioses, tendidas
Sus manos, y exclamó alguien al gran cielo mirando:

—Zeus Padre, a Ajax designa, o al hijo de Tideo,
O al mismo rey de la áurea Micenas!

Tal rogaban.

Agitó el casco Néstor y saltó a su meneo,
La suerte de Ajax, fuera, conforme lo descaban.
Un heraldo, mostrándola a cada jefe aqueo
Por la derecha, toda la junta atravesó.
Pero, desconociéndola, ninguno la aceptó.
Sólo al llegar ante el que le puso su señal
Y la echó al casco, el ínclito Ajax tendió la mano;
Y el otro, aproximándose, entrególa tal cual.
Al ver la marca en ella, su corazón ufano
Sintió aquél; y arrojándola por el suelo a sus pies,
Exclamó así:

—Oh amigos, en verdad mi suerte es!
Bien me alegro, pues pienso triunfar sobre Héctor! Ea,
Mientras voy yo poniéndome el arnés de pelea,
Prontos al soberano dios Kronión implorad
Mentalmente, no sea que el troyano lo advierta,
O en alta voz, que nadie nuestro temor despierta.
Ni habré quien me rechace contra mi voluntad,
Por la fuerza o la astucia; ya que no tan negarlo
Creo que en Salamina fuí nacido y criado.

Dijo, y al soberano dios Kronión implorando,
Oraron; y exclamó alguien al gran cielo mirando:

—Zeus Padre que en el Ida reinas grande y glorioso,
Concéde a Ajax un triunfo tan feliz como hermoso.
Pero si también a Héctor amas y cuidas, dales
A los dos en la lucha fuerzas y gloria iguales.

Tal dijeron. En tanto, con el bronce luciente
Se armó Ajax, y ya pronto, lanzóse al campo, armado,
Como va el gigante Ares al combate obstinado
En que el Kronión impulsa y encona a los valientes.
Así a pasos enormes, el grande Ajax, baluarte
De todos los aqueos, con sonrisa siniestra,
Y blandiendo su lanza de larga sombra, parte.
Gran gozo a los argivos da el ver cómo se muestra;
Al par que los troyanos tiemblan terriblemente,
Y en el pecho al mismo Héctor el corazón le late,
Sin que mostrar su espanto pueda, o tras de su gente
Replegarse ya, puesto que él provocó al combate.
Ajax se le acercaba con su escudo, tamaño
Como una torre, que de bronce y séptuple cuero
Le hizo un vecino de Hyla, Tiquio el talabartero
Mejor de todo el gremio, con laborioso amaño.
Manuable lo armó, en siete capas de recio cuero
De toro, encima echándole una octava de bronce.
Ajax el Telamonio llegó ante Héctor entonces,
Y amenazante dijo, con el escudo al pecho:

—Héctor, sabrás ahora de hombre a hombre y derecho,
Qué campeones los dánaos tienen, aunque excluído
Se halle el tremendo Aquiles corazón de león,
Quien en sus corvas naves bogadoras, tendido
Yace, pues lo domina su odio hacia Agamenón
Pastor de pueblos. Pero contra ti decididos,
Quedan muchos. Empieza, pues, la lucha al instante.

Respondióle el grande Héctor del casco tremolante:
—Divino pastor de hombres, Ajax el Telamónio,
No me tientes como a una mujer o a un tierno infante
Que de guerra no pueden dar ningún testimonio.
Bien sé yo de combates y de carnicería;
A derecha e izquierda sé manejar mi adarga,
Dar invenciblemente la arrolladora carga
Y con mis raudas yeguas lanzarme de estampía.
Del pavoroso Ares sé a pie firme la danza;
Mas, no quisiera herirte con aleve asechanza,
Sino en la lid abierta donde te alcanzaría.

Dice y cimbrando tira su asta de larga sombra
Que da contra el terrible broquel que a Ajax renombra;
Rompe la octava lámina de metal, que cubría
Los siete cueros, y abre seis con su infracto bronce
Detenido en el séptimo tan sólo. Tira entonces
El divino Ajax su asta de larga sombra, acierta
Al broquel del Priámida, y la potente pica
Traspasa el terso escudo yendo a hundirse en la rica
Coraza, hasta la túnica que deja al flanco abierta.
El héroe, inclinándose, la negra muerte evita;
Y desclavando a un tiempo sus lanzas formidables,
Como hambrientos leones ambos se precipitan,
O como jabalíes de ímpetus indomables.
Dió un lanzazo el Priámida al broquel en el centro,
Mas sin romper el bronce, pues se torció la punta.
Ajax perforó al otro su adarga toda junta,
Conmoviéndolo rudamente con el encuentro,
Y alcanzó a herirle el cuello donde brotó al instante
Negra sangre; pero Héctor del casco tremolante,
Sin cejar en la lucha, retrocedió y cogiendo
Con fuerte mano un áspero y negro pedrejón

Del suelo, tiró, dándole al céntrico bollón
De la séptuple adarga de Ajax, con hondo estruendo.

Este una piedra mucho más grande alzó en seguida,
Y en alto revoleándola, tiróla, despedida
Con tan tremendo empuje, que hundió a Héctor la rodela
Desvencijada al golpe de esa especie de muela;
Hirióle las rodillas y lo derribó junto
Con el escudo; pero fué Apolo y lo alzó al punto.
Y ya a espada ofendiéranse, más de cerca y más fieros,
Si hasta allá dos prudentes heraldos, mensajeros
De Dios y de los hombres, no se hubieran costeadó:
Uno por los troyanos y otro por los aqueos
De bronce acorazados, Taltibio con Ideo,
Entre los dos sus cetros pusieron. Y el probado
Y sabio heraldo Ideo les dijo de esta suerte:

—Dejad, hijos queridos, de pelear. Bien armados
Sois de Zeus el nubígero, y os tenemos por fuertes.
Mas ya la noche llega y obedecerle es bueno.

Ajax el Telamonio le respondió sereno:

—Mándale eso, Ideo, a Héctor que es quien ha desafiado
A todos los mejores. Que él lo haga, y al instante
Lo haré yo también.

Héctor del casco tremolante

Le replicó:

—Ayax, puesto que un dios grandor te ha dado,
Fuerza y cordura, y tanto sobre todo otro aqueo
Descuellas por la lanza, cesemos ya el torneo
Por hoy, y que otro día peleando, entre nosotros
Un numen nos aparte, y el triunfo dé a uno u otro.
Mas ya la noche llega y obedecerle es bueno.

Así, junto a las naves, de regocijo llenos,
Ya todos los aqueos dejarás a porfía,
Y más tus compañeros y amigos todavía.
Y yo a mi vez contento daré en la gran ciudad
Del rey Príamo, a los troyanos y troyanas
De peplo rozagante, que para orar ufanas
Por mí, entrarán al templo de la divinidad.
Ea, démonos ricas prendas por cada parte,
Con que digan troyanos y aqueos de testigos:
«Enconados pelearon, y apartáronse amigos».

Diciendo así, una espada que en plata forjó el arte,
Ofreció con la vaina y el justo talabarte.
Ajax dió un cinto en púrpura fina, y ambos partieron,
Uno hacia los aqueos y otro hacia los troyanos
Que al suyo vivo y sano volver, alegres vieron;
Pues tan perdido diéronlo a las invictas manos
Y ardor de Ajax, que al pueblo salvo lo condujeron.
Mientras que los aqueos bien armados, con gloria,
Al punto ante el déffico Agamenón corrieron,
Llevando a Ajax que estaba radiante de victoria.

LA MUERTE DE HÉCTOR

LA lucha decisiva de Héctor con Aquiles es el episodio culminante de la Iliada; y el canto que la describe, como todos los del poema inmortal, resulta un poema a su vez: así cada cerro destaca su entidad en el conjunto de la montaña. Su vasto movimiento desarróllase en dos ciclos que comprenden la lucha con todos sus accidentes, y el comentario de la derrota en las célebres lamentaciones de Príamo, Hécuba y Andrómaca. Este segundo ciclo, formado por los últimos ciento diez versos del canto, que contiene quinientos quince, así es importante y admirable en el conjunto del poema, como desvía y amigora la impresión en el trozo aislado; no sólo

por la monotonía que apareja aquella triple expresión de una misma pena, sino porque, en boca de los padres de Héctor, recuerda mucho las súplicas que antes dirigiéronle desde las murallas (versos 37 a 89 del mismo canto).

El primer cielo que contiene la persecución de Héctor por Aquiles, el combate entre ambos héroes, la muerte del primero y el ultraje de su cadáver, reviste para nosotros una importancia singular, al haber sido el dechado de la literatura caballeresca que transformó en civilización la barbarie de la Europa cristiana, empezando por el Romancero para concluir en el Quijote: si he de atenerme solamente, pues lo quiero así, a las letras castellanas.

He dicho alguna vez que «la civilización cristiana fué un fracaso en todo lo que no representa una prolongación del paganismo» (Prometeo, página 7). Así los poemas homéricos educaron a la barbarie, por haberse transfundido su espíritu en las groseras leyendas de la primitiva caballería. No sólo el paladín homérico fué el dechado del medioeval como tipo guerrero, sino que lo heredó con sus conceptos más característicos: el individualismo; la fidelidad en el amor; el laicismo de su conducta, no obstante la religiosidad de sus creencias; el culto de la belleza y de la justicia. En la poesía homérica, como en la caballeresca, los esposos y amantes son, regularmente, más fieles que sus damas. Y ello re-

sulta de que, para el hombre, la castidad constituye una cualidad heroica, mientras para la mujer es una virtud pasiva. Así las adúlteras de Homero lo son por obra de la fatalidad, pues todas pertenecen a familias trágicas; las del romance y novela caballerescos, resultan instintivas de inclinación súbita y brutal, en la que tienen ya influencia, concurrente por lo demás, las repentinas pasiones tan frecuentes en la literatura arábiga. El tipo ideal de la mujer homérica, físicamente hablando, es el mismo de la dama que cantaban los trovadores. Por último, el laicismo de la conducta es tan evidente en la *Iliada* y en la *Odisea*, como en el *Romancero* y en el *Quijote*, y caracterízase especialmente por el desprecio racionalista de la superstición.

Pero no sería pertinente multiplicar estas comparaciones, cuando sólo se trata aquí de algunas notas explicativas.

Como ya lo hice notar a propósito del canto V de la *Odisea*, este trozo que es de los mejores y también, repito, el culminante en la acción de la *Iliada*, evoca a los dioses y a los hombres bajo sus aspectos más característicos, y suscita todas las emociones correspondientes a dicha acción: la duda, el miedo, el dolor, el presentimiento, el heroísmo, la gloria, el odio. Su movimiento es tan intenso como variado; pues si en la poesía homérica abundan los elementos expletivos, principalmente bajo la forma de epítetos,

adverbios y frases duplicadas como si fueran ecos, la imagen que a cada momento resulta un cuadro entero, la descripción de las actitudes, asombran por su concisa precisión. Cuatro versos describen el ojeo de un cervato por un perro en los vericuetos de la montaña. Dos tan sólo, la pesadilla habitual del individuo perseguido en vano. Homero sabía como ninguno aquello de los «valores esenciales», o elementos típicos de la descripción. Tal, por ejemplo, el detalle de las rodillas en aquellos grandes corredores que eran los guerreros antiguos. Las rodillas son, efectivamente, los goznes de la carrera; el detalle que en ésta más se ve, y las coyunturas que primero aflojan bajo la acción del dolor o del miedo. Por esto infiero que muchas de aquellas redundancias, si no todas, provienen de la índole idiomática. Ella era, principalmente, eufónica; y de esta suerte, el elemento musical que un «ripio» podía constituir, resultaría más precioso para la inteligencia del verso así integrado, que la claridad analítica inherente a su eliminación.

También figuran en este canto tres detalles topográficos, rarísimos como es sabido, y, por lo tanto, más preciosos: las fuentes del Escamandro, detalladas, precisamente, para que la eufonía las describa mejor—pues no de otro modo puede evocarse el agua—y la atalaya y el cabrahigo o higuera silvestre que ya apareció en los

adioses del canto VI. Esta excepción suele encarecer la importancia del episodio homérico.

En cuanto al carácter de los héroes, sus diversos movimientos de alma y sus actitudes, la intervención de los dioses, la simpatía sublime y el glorioso horror que Héctor y Aquiles, respectivamente inspiran, prefiero atenerme al texto mismo.

No haré sino una observación respecto a la iniquidad de los númenes.

Estos, como nadie lo ignora, eran agentes del destino o ley de casualidad; de modo que sus intervenciones ponían solamente en acción dicha ley, cuando ello resultaba de acuerdo con sus preferencias. Así, el mismo Zeus, con ser el padre de los dioses, lamenta la muerte de Héctor, sin poder evitarla; y según se infiere, tanto él como Apolo habíanla retardado mientras estuvo en su potestad. La balanza de oro cuyas pesadas no podía Zeus alterar, era el destino representado por la vigencia de un principio que resume la estabilidad y el movimiento del Cosmos: la gravedad, cuya derogación de un sólo instante comportaría la anulación del universo.

Así considerado, el destino constituía también la fuerza central de la ética. Por esto, lejos de acobardar sus consecuencias a Héctor ni a su adversario, aun cuando se trate de la misma muerte, les aumentan el brío. No bien se convence el troyano de que es inevitable morir, pier-

de todo temor. Aquiles no vacila tampoco en matarlo, aunque no ignora que este desenlace precederá de cerca su muerte.

Por lo demás, el miedo de Héctor es una sugestión deprimente que le han causado los lamentos de sus padres. El poeta no lo dice, pero es porque cuenta con un lector de alma delicada...

Algo de esto sucede también con la nobleza de Aquiles. No obstante su encono y la manera feroz con que lo desahoga, dos rasgos definen aquella cualidad en él; no se ensaña con Héctor, ultimándolo cuando está ya caído, ni le insulta la madre. «La venerable madre que te parió», le dice; pues el nombre de madre lleva siempre en los poemas aquel adjetivo, que, más propiamente aun, dice «augusta», correspondiendo, así, a las diosas y a las reinas: afligente lección para nuestro soez vocabulario. Príamo, a su vez, no va descaminado cuando confía en la piedad filial de Aquiles. Honrar padre y madre, incluso los ajenos, fué también un precepto del paganismo.

Por último, aquella noble aceptación de la muerte que ambos héroes se apresuran a consentir en plena juventud y en plena gloria, es el elogio supremo del deber. La poesía homérica es obra de belleza y de verdad; pero, más aun, obra de bien. Y basta añadir que fué entre los griegos el texto por excelencia, para comprender la eficacia de aquella educación.

La lección de individualismo, que propone en el hombre superior el único modelo apreciable, es, pues, completa, y por esto el episodio decisivo de la Iliada consiste en un combate singular de los dos héroes más ilustres. El dechado ético tiene que ser la presentación de un estado superior de conciencia: fenómeno imposible de realizar y aun de concebir en la multitud. Esta no se mueve sino bajo el imperio del instinto u obedeciendo órdenes de jefes; y cuanto más pocos son éstos y más alejados de aquélla se encuentran por su posición, su clase o su calidad, mayores son los resultados de semejante obediencia. Una individualidad superior vale más que un millón de individuos medianos. Por esto, en los poemas, la muerte de Héctor pierde a Troya, y la intervención de Aquiles—de él solo—salva a los griegos. Efectivamente, sus soldados los mirmidones, combatían ya al lado de los otros helenos, sin que éstos hubieran visto inclinarse la balanza a su favor.

El lector notará que sigo empleando con algún acierto, si no me está mal decirlo, el alejandrino, nuestro metro heroico por excelencia, y que, en tal forma, consigo emparejar cuantitativamente mis versos con los del texto. La repetición estricta de este éxito, que ya pude obtener en el canto V de la Odisea, proviene de que, como en las notas explicativas de dicha versión

lo dije, nuestro alejandrino es el exámetro romanceado.

La elección de este metro con ese fin obedeció al expresado motivo, y como dicha aplicación es nueva en castellano, valía, quizá, la pena insistir un punto sobre aquel resultado que me hará perdonar, lo espero, la jactancia de la mención.

Dicha fidelidad, cuya comprobación me atrevo a pedir, recomendando al efecto la traducción literal en prosa de Leconte de Lisle, o la más exacta aún de Segalá y Estalella, también en prosa, pero castellana, y así mejor para nosotros, no excluye el uso de algún elemento expletivo a que el espíritu de la misma poesía homérica me autoriza, por lo demás, pero que nunca empleo sino dentro de la estricta acepción textual; la exclusión de algún epíteto o cualidad que nada quita, según puede verse, como el no llamar siempre «veloz» y «divino» a Aquiles o «diosa» a Atena, cuyo solo nombre ya lo dice, y la deliberada supresión de ciertas reduplicaciones y auxilios, cuya traducción entorpecería el texto castellano, sin ventaja alguna; pues fidelidad no significa literalidad justapuesta, ni puede significarlo, por falta de la absoluta correspondencia que sería menester entre los elementos de ambas lenguas. Añadiré que aun en este caso, la versión saldría inteligible. Las sintaxis de los dos idiomas son, por otra parte, recíprocamente inversas, lo cual con frecuencia obliga a modificar en igual sen-

tido la posición relativa de los vocablos entre sí.

Como la frase poética griega es, regularmente, más corta que la castellana, he aprovechado en lo posible nuestras voces de sentido complejo implícito, sobre todo en lo referente a verbos y adjetivos. Así, por ejemplo, las «naves huecas» del texto, tradúzcolas yo por «buques», palabra que reúne las acepciones de embarcación y de oquedad. Con lo cual se evita, además, y grandemente, la pesadez.

Por razones análogas, pongo yo a veces la descripción en tiempo presente, conforme a un conocido movimiento de la poesía castellana. En los poemas suele ser rigurosamente pretérita, y ello sin detrimento alguno de la variedad, porque el verbo griego la posee casi ilimitada. El rigor radical del nuestro imprime a las descripciones prolongadas una insufrible monotonía que he procurado evitar usando del único elemento disponible.

Dos o tres veces he designado a los griegos bajo la denominación de «dánaos», en vez de «aqueos» o «argivos», fundándome en que el poeta suele hacerlo indistintamente; y otras tantas he dicho «Héctor del caseo espléndido», no «del tremolante casco» cual siempre lo hace Segalá y Estalella, autor de dicho epíteto. La voz original tiene ambos significados; y además, no corresponde a Héctor exclusivamente, lo cual impondría una sola acepción; pues en este mismo can-

to hállese aplicada a Enialio—advocación de Ares o Marte—y en una comparación referente a Aquiles.

En dos o tres epítetos, y éstos famosos por la controversia que motivaron hasta muy pocos años ha, he sido reaccionario. Me refiero, en primer lugar, a «las lanzas o astas de larga sombra» que los modernos etimólogos llaman solamente «largas» o «fornidas». Yo me contraigo a la acepción literal del epíteto, por una razón poética: la de que esa «larga sombra», así evoca una lanza o asta gigantesca (porque sólo siéndolo esta última se notaría aquel detalle), como lleva insita la sugestión de la muerte en el tiro del arma que vuela cimbrando. Las tales astas eran, en efecto, gigantescas. La de Aquiles, conforme lo dice el canto XIX, consistía en un fresno entero del monte Pelión.

También por una razón poética, digo literalmente «la nocturna hora de la ordeña», cuando se trata de la estrella de la tarde a la cual está comparado el lampo de aquella famosa pica. Los traductores dicen generalmente «las sombras de la noche»; y Boisacq, en su diccionario etimológico, califica duramente la traducción de «ordeña».

Pero, adviértase que en el exámetro inmediato posterior, se compara el brillo de la pica con «la estrella de la tarde» que sale, precisamente, a la hora de la ordeña vespertina, y que es, entonces, la más brillante entre todas, tal como el

verso lo dice. La evocación de una escena bucólica en pleno terror bélico, es muy homérica, y varios de estos contrastes figuran entre los trozos más célebres de la *Ilíada*. Así, para no salir del canto que nos ocupa, las siniestras dudas de Héctor, mientras aguarda a Aquiles, concluyen con una evocación de las amables pláticas que doncellas y mozos suelen concertar al pie de tal cual encina o peñasco.

Nótese que el mismo dístico en cuestión figura muy anteriormente, en el verso 28, (mientras la comparación de la lanza está en el 317), y allá compara el brillo de Aquiles armado, con la estrella Sirio, que también es la más brillante entre todas; pero no ya durante el crepúsculo, como Venus, sino en plena noche. Y así lo digo a mi vez. Y por la misma razón no creo que pueda corresponder exactamente a la estrella de la tarde. Las palabras son idénticas. El sentido no.

Aunque «Hades» es en Homero «nombre de persona y no de lugar», conforme lo advierte Th. Day Seymour («*Life in the Homeric Age*», página 456), digo yo habitualmente «ir al Hades» el alma del difunto, y no «a la morada de Plutón» como suelen traducir (el mismo Seymour advierte, loc. cit. que Plutón no es nombre homérico) bajo el concepto, para mí más exacto—y nuevo—de «ir o irse al diablo», como decimos nosotros; advirtiendo que el rey de los infiernos paganos era un numen augusto, a quien no cua-

draba la acepción despectiva del anti-dios del cristianismo. Sólo cuando el infierno es evidentemente un lugar, digo el Orco, según, de cierto, corresponde.

He respetado, sí, fielmente, la denominación «Febo Apolo», porque es específica del dios en su advocación terrible o guerrera, y los tres epítetos de Aquiles: «Peliónida», «Pelida» y «Peleades», que no es «hijo o vástago de Peleo», como suelen traducir, porque el poeta dice esto cuando lo quiere, con sus palabras propias. «Peliónida» es un gentilicio que proviene del monte Pelión, en Tesalia, patria del héroe; «Pelida» una designación de tribu, y «Peleades»—como en el primer verso de la Iliada—un patronímico al cual doy la correspondiente desinencia castellana, que consta de las partículas «es» y «ez» para formar apellidos. Esto tiene siempre importancia alusiva en el original.

Disimule, entretanto, el lector, las rimas imperfectas y pobres, así como los pocos versos sin rima que hallará. Son sacrificios de mi retórica a mi estrictez.

Recuerdo, para concluir, que este canto es continuación inmediata del anterior, lo cual explica su comienzo. Los troyanos vencidos, se han refugiado en la ciudad, mientras Aquiles, engañado por Apolo, que toma la apariencia de Agenor de Troya, pónese a perseguirlo, descuidándose de aquéllos.

CANTO XXII DE LA ILIADA

(Versos 1 - 404)

Ya la ciudad ganando, como cabritos fugan;
Su sed bebiendo alivian y su sudor enjugan
Tras los fieros baluartes. Pero, ante el muro, en esto,
Llegan, escudo al hombro, los dánaos, y el funesto
Destino, obliga a Héctor a que se quede solo
Fuera de Ilión, delante de las puertas Esceas.
Entonces al Peliónida preguntó Febo Apolo:

—¿Por qué, hijo de Peleo, tan velozmente ojeas
A un dios inmortal, siendo mortal tú mismo? Acaso
No ves que un dios soy cuando furioso te ajetreas.
Dejando la batalla con extraviado paso,
No hostigas ya al troyano que a la ciudad corriste.
Para mí, aunque me quieras matar, muerte no existe.

El raudo Aquiles díjole grandemente indignado:
—Oh, Arquero, el más funesto de los dioses: turbado
Me alejaste del muro, cuando aun mordido hubieran
El polvo, muchos otros, antes que a Ilión volvieran.
Quitándome grande honra, salvaste al enemigo
Fácilmente, pues nada temías mi castigo.
¡Con qué gusto vengárame de ti si lo pudiera!

Dice y con grandes bríos a la ciudad se lanza,
Como el corcel que el premio de los carros alcanza
Por el campo tendiéndose, tan veloz como apuesto:
Así pies y rodillas Aquiles mueve presto.

Y fué el anciano Príamo el que primeramente
Advirtió que, brillando, por el llano venía,
Como el astro de Otoño que alzándose esplendente
Centellea entre todos en la noche sombría.
Astro que sobrenombran "Perro de Orión", y el cual
Aunque es tan claro, viene con mal signo a traer
Abrazadores hábitos al mísero mortal:
Así el bronce brillábale en el pecho al correr.
Gimió el viejo, golpeándose la cabeza, y alzando
Sus manos, hondamente clamó a su hijo querido,
Que, de pie ante las puertas, estábale esperando,
Pues luchar con Aquiles deseaba enardecido.
Y tendiendo las manos, clamábale así el viejo:

—Héctor, hijo querido, no esperes solo y lejos
De los tuyos a ese hombre, pues te aguarda la muerte
A manos del Peliónida que es, con mucho, el más fuerte.
Bárbaro! Así los dioses tal como yo lo amaran,
Y los perros y buitres pronto lo devoraran,
Y mi pecho librárase de este dolor horrendo.

De muchos bravos hijos priváronme sus manos:
Matólos, o en remotas islas los fué vendiendo;
Tal que ya no veo entre los sitiados troyanos
A mis dos descendientes Licáon y Polidoro,
Que tuve en Laotoe, mujer de alto decoro.
Si viven prisioneros, pondremos lo que exija
Su recaste, que aun queda bastante bronce y oro
Del gran dote que el ínclito anciano Altes dió a su hija.
Mas, si en el Orco muertos están, no habrá consuelo
Para mí ni la madre con quien los engendrara.
Aunque para los pueblos será más corto el duelo,
Si Aquiles, por la muerte, también no te domara.
Pero gana, hijo, el muro, y así sean salvados
Troyanos y troyanas, sin que des al Pelida
La gloria de privarte de tu preciosa vida.
Y sé, también, piadoso con este desgraciado
Que la razón conserva para mayor tortura,
Pues, por mi mala suerte, va a matarme el Kronida,
Ya viejo y harta el alma de tanta desventura:
Hijos difuntos, hijas cautivas, arrasadas
Las alcobas, los mismos párvulos en las fieras
Embestidas, tirados por el suelo, y las nueras
A las funestas manos del aqueo raptadas.
Y cuando al fin me arranquen con flecha o lanza cruel
La vida de los miembros, sobre el atrio, engullido
Seré por los voraces perros que he mantenido
Comiendo en el palacio, para su guarda fiel;
Y así que ferozmente mi sangre hayan bebido,
Se echarán en los pórticos. Mas, si sienta al doncel,
Que marcialmente yazga, del fiero bronce herido,
Pues, no obstante la muerte, todo es hermoso en él:
No hay para los mortales miseria igual, por cierto,

Cuando ultrajan los perros el pudor, y las blancas
Barbas, y la cabeza blanca de un viejo muerto.

Y el anciano sus canas a puñados arranca,
Sin persuadir a Héctor, cuya madre, entretanto,
Desnuda el seno y muéstraselo así, anegada en llanto,
Y en aladas palabras dice:

—Héctor, hijo mío,
Respeta esto y apiádate de mí. Si te di un día
El lenitivo pecho, recuerda, vida mía.
Pelea tras del muro, no hagas cara a ese impío.
Bárbaro! Si te mata, no podremos llorarte,
Fruto de mis entrañas, con tu esposa opulenta
En tu lecho de muerte; y habrá de devorarte
Muy lejos de nosotras, allá junta al baluarte
De las naves argivas, la perrada violenta.

Así al hijo clamaban, ambos a dos llorando,
Pero sin disuadirlo; con que aguardó, sereno,
Al prodigioso Aquiles que se le iba acercando.
Como un dragón silvestre que ahito de veneno
Espera al hombre en su antro, y ardiendo en ira horrible,
Enróscase ante el hueco, mirando ferozmente:
Así Héctor animado de ardor inextinguible,
Quedóse allá, y poniendo contra un bastión saliente
El terso escudo, dijo gimiendo en su alma fiera:

—¡Ay de mí, si las puertas y muros transpusiera!
Polidamas lanzárame, primero, su reproche,
Pues debí haber traído, como él me lo exigiera,
A la ciudad las tropas, aquella aciaga noche
En que el divino Aquiles se levantó. No obstante,
Desoí el buen consejo, y ahora que mi porfía

Perdió a mi pueblo, temo lo que sospecharían
Troyanos y troyanas de peplo rozagante.
No diga algún cobarde que, en su orgulloso afán,
Héctor perdió a los pueblos. Pues así lo dirán.
Preferible es que, haciendo frente, a Aquiles matara,
O hallase yo mismo ante la ciudad digna muerte.
Mas, si posando el combo broquel y el casco fuerte,
Y apoyando mi lanza contra el baluarte, fuera
Ante el preclaro Aquiles y allá le prometiera
Volver a los Atridas Helena y el tesoro
Que Alejandro en sus buques trajo, pues tal motivo
Tuvieron nuestras luchas, y compartir el oro
Que en la ciudad guardemos, con todo el real argivo;
Jurándoles por nuestros padres, de esta manera,
Dividir en dos lotes iguales toda cosa
(Por mucho que contenga nuestra ciudad hermosa).
Mas, ¿a qué abrigo en mi alma tan inútil quimera?
Si a implorarle acudiese, me mataría airado,
Sin piedad ni respeto por mí, cual si yo fuera
Una mujer, de todas mis armas despojado.
Ni podría entenderme con él, como saliendo
De una encina o de un rudo peñón, a cuyo lado
Suelen estar doncellas y mozos discurriendo.
Mejor es que luchemos, y así pronto se vea
Sobre quién el Olímpico la gloria señorea.

Tal pensaba esperándolo; mas ya Aquiles venía,
Como el bélico Enialio del casco tremolante.
Al hombro diestro el fresno pelida, amenazante,
Mientras el bronce sobre todo él resplandecía
Con el brillo del fuego vivo o del sol levante.
Un temblor entró a Héctor cuando lo vió delante;
Y no osando esperarlo de firme, huyó aterrado,

Dejando atrás las puertas. El Pelida, confiado
En sus raudos pies, lánzase. Como el azor ligero
Caza en los montes una paloma temerosa
Que oblicuamente fúgase amedrentada, pero
El, con agudos gritos, más de cerca la acosa,
Avido de atraparla: tal vuela aquél, certero
Y arrebatado, mientras mueve Héctor con mancilla,
Junto el muro troyano sus rápidas rodillas.
Y por el carril lánzanse, fuera de aquel abrigo,
Y pasan la atalaya y el alto cabrahigo,
Llegando a las dos claras fuentes donde el violento
Río Escamandro toma su doble nacimiento.
La primera, escapándose en un caliente rizo,
Así como de un fuego prendido, humeando nace;
La otra, cuando en verano surge, recordar hace
A la frígida nieve, la escarcha y el granizo.
Cerca de ellas hay unos hermosos y capaces
Lavaderos de piedra, que es donde las esposas
Troyanas, y sus bellas hijas, lavar solían
Sus vestidos brillantes en paz, cuando aun no habían
Llegado los aqueos en tribus numerosas.
Por allá, uno tras otro, pasaron, y así huía
Un valiente, pero otro más bravo lo seguía;
Que no era por la víctima o el cuero de buey, cosas
Con las que se acostumbra premiar al corredor,
Sino ya por la vida de Héctor el domador.

Cual pujan los solípedos corceles, presurosos
En torno de la meta, donde el premio cuantioso
De una mujer o un trípode, celebra a algún difunto:
Así ambos con ligera planta dieron tres vueltas
A la ciudad de Príamo. Miraban todos juntos
Los númenes, y el padre de hombres y dioses, dijo:

—Oh, dioses, con mis propios ojos veo de fijo
En torno de los muros a un amigo acosado;
Y mis entrañas duélense de Héctor, que me ha quemado
Tantos muslos de buey en las cumbres del Ida
De numerosos valles, y en la alta ciudadela;
Pues ya el divino Aquiles, persiguiéndolo vuela
En torno a la metrópoli de Príamo. Ea, vamos,
Oh, dises: decidíos a ver si lo salvamos
De la muerte, o domamos ya su ser valeroso
Por mano del Pelida.

Mas, la ojizarca Atena

Contestóle así:

—Oh padre fulmíneo y tempestuoso
¿Qué has dicho? ¿Todavía de la horrisona muerte
Defiendes a ese hombre que condenó la suerte?
Hazlo, pero los dioses no habremos de aprobarle.

El nubígero Zeus así le ha respondido:
—Tritogenia, hija amada, puedes tranquilizarte.
Quiero serte benévolo, pues nada he decidido.
Deja, pues, tu deseo, sin vacilar, cumplido.

Diciendo así, en Atena más el anhelo enciende,
Y ella desde las cumbres del Olimpo descende.

En tanto el raudo Aquiles a Héctor sin tregua apura.
Cual perro que a un cervato levantó de su cama,
Y en el monte lo hostiga por valles y espesuras,
Y aun cuando temeroso se esconda entre las ramas,
Sin cansarse, hasta hallarlo, corre sobre su pista:
Así el veloz Peliónida no pierde a Héctor de vista.
Y en cuanto hacia las puertas dardánias se ladea,
Para ver si, amparado por las sólidas torres,

Desde arriba, los suyos, a flecha lo socorren,
Aventaja él y por la playa lo asenderea:
Con lo que, sin descanso, junto a la ciudad corre.
Así como en un sueño no puede perseguirse
Al que huye, ni éste logra del que persigue hurtarse,
Impotentes son ambos de alcanzarse ni huirse.
Mas, Héctor no pudiera de la muerte escaparse,
Si Apolo por la última vez no se le aproxima,
Y el coraje y las rápidas rodillas le reanima.

Iba el divino Aquiles prohibiendo a su gente
Con la cabeza, que a Héctor más dardos arrojara,
No le obstasen la gloria y él segundo llegara.
Pero cuando a las fuentes por cuarta vez volvieron,
Zeus tomó su balanza de oro y pesó dos suertes
Que señalaban la hora de la implacable muerte:
Y las de Aquiles y Héctor el domador lo fueron.
La alzó del medio, y la hora fatal de Héctor cayó hacia
El Orco, y Febo Apolo lo libró a su desgracia.
Entonces la ojizarca diosa Atena allegóse
Al Peliónida, y díjole con palabras aladas:

—Espero ilustre Aquiles amado de los dioses,
Que a los aqueos demos hoy gloria señalada
En las naves, matando a Héctor, aun cuando sea
De luchas insaciable; que ahora en la pelea
No puede ya escapársenos, aunque Apolo el Flechero,
Ante Zeus el portaégida se humille lastimero.
Mas, párate y respira, descansando al presente,
Mientras voy yo y persuádolo a que luche de frente.

Dijo Atena, y contento le obedeció él entonces,
Apoyándose contra su asta de fresno y bronce.

Dejólo allá la diosa, y al divino Héctor yendo,
Tomó el cuerpo a Deífobo y su voz incansable,
Y en aladas palabras así le fué diciendo:

—Oh, hermano, el raudo Aquiles te acosa grandemente
Con pie veloz, en torno de la ciudad de Príamo.
Mas, ea, detengámonos ya y hagámosle frente.

Contestóle el grande Héctor del casco tremolante:
—Siempre fuiste, Deífobo, mi hermano más querido
Entre los que hijos de Hécuba y Príamo hemos sido;
Pero aun sabrá mi estima crecer en adelante,
Pues a dejar los muros por mí te has atrevido
Al ver mi riesgo, mientras los demás se quedaron.
Y la ojizarca Atena díjole:

—Hermano, es cierto
Que padre, augusta madre y amigos, abrazaron
Mis rodillas rodeándome, y harto me suplicaron
Quedase allá (pues todos de terror están yertos).
Pero una amarga pena mi alma embargaba entonces.
Luchemos ya con brío, sin dar reposo al bronce,
Para saber si Aquiles a matarnos alcanza,
Nuestros ensangrentados despojos arrastrando
A los buques, o cae rendido por tu lanza.
Dice Atena y lo engaña precediéndolo; y cuando
Se encaran, el grande Héctor del casco tremolante
Prorrumpe así:

—Oh Pelida, no temo ya como antes.
Si en torno a la metrópoli de Príamo, no osando
Aguardarte, tres veces huí, mi ánimo ahora
Me impulsa a que, afrontándote, mate o muera. Ea,
Y séannos los dioses, con sanción protectora, [vamos,
Los mejores testigos de lo que convengamos.

No te inferiré ultrajes crueles, si me asegura
 Zeus la prepotencia, y echo tu alma al abismo.
 Así que te despoje de tu fina armadura,
 Tu cuerpo a los aqueos daré, y tú harás lo mismo.

Mas, mirándolo torvo, dijo Aquiles ligero:
 —Héctor, a quien no olvido, no hables de convenciones.
 Como no hay fiel alianza de hombres y de leones,
 Ni es posible el concierto del lobo y el cordero.
 Antes que siempre quieran mutuo daño causarse,
 No cabe entre nosotros amistad ni promesa,
 Sino que, cayendo uno, venga en su sangre a hartarse
 Ares el incansable campeón. Más te interesa
 Juntar todos tus bríos, pues ya es imprescindible
 Que como audaz lancero te portes. Imposible
 Tu fuga, sin que Palas Atenea, allá al punto
 Te dome por mi lanza; que ahora de esta suerte,
 El mal de mis amigos vas a pagar por junto,
 Pues furioso les diste con tu pica la muerte.

Dice y cimbrando tira su asta de larga sombra,
 Si bien el preclaro Héctor que la ve, no se asombra,
 Y la esquivo agachándose, con que así pasa el bronce
 Sobre él y al suelo clávase. Mas, Palas Atenea
 Lo arranca, y pronto a Aquiles lo da, sin que la vea
 Héctor pastor de pueblos. Este interpela, entonces,
 Al eximio Peliónida:

—Por cierto el golpe erraste
 Deiforme Aquiles, cuando mañoso aseguraste
 Que de Zeus conocías mi suerte postrimera,
 Para que, así, temiéndote, fuerza y valor perdiera.
 No será ya que, huyendo, me hundas de atrás tu lanza.
 Plántamela en el pecho, si un dios te da pujanza,

Y ahora, evita, si puedes tú, mi bronce certero,
Que así en tu carne quede clavado todo entero;
Pues la guerra perdiera, si mueres a mis manos,
En ti el mayor azote que sufren los troyanos.

Dice y cimbrando tira su asta de larga sombra
Que acierta a dar en medio del broquel del Pelida,
Pero rebota; y Héctor, afligido, se asombra
Al ver que por su mano fué en vano despedida.
Y como no tiene otra, la confusión lo embarga;
Y gritando a Deífobo el de la blanca adarga,
Pídele un lanzón... Pero ya aquél no está a su lado.
Entonces, comprendiéndolo, así Héctor ha exclamado:

—Oh, dioses, a la muerte me llamáis de seguro.
Creí ver a Deífobo, cuando él está en el muro,
Y me engañó Atena. Una mala muerte he logrado,
Y no escaparé. De antes, así lo habrán querido
Zeus y su hijo el Flechero que hasta hoy me han protegido
Benévolos. Mas, ahora que ya me alcanzó el hado,
No he de caer, al menos, baja y cobardemente,
Sino haciendo algo grande que en los tiempos se cuente.

Tal dice, y desnudando sin dilación la espada,
Que grande, aguda y recia, pende a su flanco atada,
Recogido se arroja, como águila altanera
Que cae de las nubes, rasando la pradera,
Para alzar un cordero o una tímida liebre:
Así Héctor se ha lanzado blandiendo el arma fiera.
Aquiles, llena el alma de rencorosa fiebre,
Tras su orfebrado escudo ya su ímpetu acelera,
Y en el yelmo, a la cuádruple carrillera mezclada,
Va ondulando la espesa crin de oro plantada

Por Hefesto en el alto crestón de la cimera.
Cual resalta entre todas la estrella de la tarde,
A la nocturna hora de la ordeña brillando,
Así un lampo en la aguda lanza de Aquiles arde,
Cuando contra el noble Héctor la endereza, buscando
Del bello cuerpo el sitio que menos se resguarde.
Mas, las armas de bronce que a Patroclo arrancara,
Bien lo defienden. Sólo la garganta aparece,
Allá donde del hombro la isilla la separa,
Y más rápido el soplo vital se desvanece.
Allá el divino Aquiles le hunde su airada lanza
Y el tierno cuello le abre; mas, la pesada pica
De fresno y bronce, a henderle la laringe no alcanza,
Con lo que, de hablarle algo, tiene aún esperanza
Cuando da en tierra. Aquiles, sobre él se glorifica:

—Héctor, si pretendías a Patroclo expoliando,
Vivir triunfante y libre porque yo estaba ausente,
Necio de ti! Quedaba tras los buques velando,
Un vengador más fuerte que trozó tus rodillas.
Mientras perros y buitres te arrastren con mancilla,
Al otro harán los dánaos funeral imponente.

Héctor del casco espléndido, dijo desfalleciente:
—Por tu alma, tus rodillas y tus padres te imploro:
No dejes que los perros de los aqueos, junto
De las naves me coman. Acepta el bronce y oro
Que en cuantioso rescate den mis padres, y luego
Devuelve mi cadáver, para que los troyanos
Y sus esposas, me honren, ya muerto, con el fuego.

Pero el rápido Aquiles respondió por su parte,
Mirándolo al soslayo:

—Perro, en vano te humillas
Y en nombre de mis padres me abrazas las rodillas.
Más quisiera en mi rabia, después de destrozarte,
Comer tu carne cruda por el mal que me has hecho.
No habrá quien de los perros pueda ya separarte,
Ni con veinte rescates, ni aun con mayor provecho,
Y así diera el dardánida Príamo, por sacarte,
Tu propio peso en oro. Que no podrá en un lecho
La venerable madre que te parió, llorarte;
Pues serás por los perros y los buitres deshecho.

Héctor del casco espléndido le respondió expirando:

—Bien te conozco para no abrigar la esperanza
De que tu férreo pecho me resultara blando.
Mas, teme no te atraiga la divina venganza,
Que así habrán de perderte Paris y Febo Apolo
En las puertas Esceas, no obstante tu pujanza.

Así dijo y la muerte lo cubrió sin tardanza,
Y su alma voló al Hades dejando al cuerpo solo,
Y llorando en su sino la juventud perdida.
Y el noble Aquiles díjole, aunque lo vió sin vida:
—Muere! Y venga la Parca sobre mí con sus males,
Cuando lo quieran Zeus y demás inmortales!

Dice y del cuerpo arranca su asta que aparte posa,
Y las sangrientas armas de los hombros le quita;
Mientras la gente aquea que allá se precipita,
Admira el aire de Héctor y su arrogancia hermosa,
Y ninguno lo deja de herir, diciendo luego
Cada cual al vecino, y así que van mirando:

—Oh dioses! Realmente Héctor ya es más dócil que
Las naves incendiaba con el ardiente fuego. [cuando

Así hablan, mientras hiérenlo de cerca; y consumada
 Su expoliación, en medio de los dánaos enhiesto,
 Dice el divino Aquiles con palabras aladas:

—Oh amigos, jefes, príncipes de los argivos: Puesto
 Que los dioses dejáronnos vencer a este soldado,
 Quien más daño que todos juntos nos ha causado,
 Sin dejar nuestras armas, la ciudad estrechemos;
 Con que, así, los propósitos de los troyanos vemos,
 Y si la ciudadela, muerto éste, evacuarán,
 O aun cuando les falte Héctor, a resistirse van.
 Mas, ¿por qué en estas cosas me distraigo? Yace ante
 Las naves, insepulto e indeplorado el cuerpo
 De Patroclo, a quien nunca podré olvidar durante
 Mi vida de hombre y mientras se muevan mis rodillas:
 Pero, en el Orco mismo, si allá olvidan los muertos,
 De ese amigo querido me acordaré, por cierto.
 Y ahora, entonando un cántico, oh jóvenes-aqueos,
 A los buques volvamos, conduciendo a éste en pos,
 Pues nos dió inmensa gloria matar al divino Héctor
 Que en Troya veneraban como si fuese un dios.

Dice, y al divino Héctor, para ultrajarlo más,
 Le horada los tendones de ambos pies por detrás,
 Entre planta y tobillo; métele allá correas,
 Y al carro lo ata, y deja la cabeza arrastrando.
 Monta después, y en alto las gloriosas preseas,
 Pica a la ardiente yunta que se arranca escarceando.
 Entre la polvareda del arrastre tropieza,
 Volcados sus cabellos oscuros, la cabeza
 Que fué tan noble, y que ahora por Zeus mismo
 [entregada,
 Rueda en su propia tierra, de enemigos vejada.

EL RESCATE DE HÉCTOR

DENTRO de la imparcialidad con que, visiblemente, trata Homero a griegos y troyanos, adviértese una simpática inclinación hacia Héctor, el infortunado defensor de la Patria; afección resultante, que no expresa, de las situaciones patéticas en que el héroe va encontrándose durante el desarrollo de la acción militar: ya cuando, vivo, es el protagonista de los adioses con Andrómaca, en el canto VI, ya cuando, ultimado por Aquiles, el rescate de su cuerpo motiva la narración que es el final de la *Iliada*.

Ambas situaciones señalan la culminación patética del poema, y con esto una distinción capital que realza el carácter primitivo del guerrero.

Lealtad, serenidad, valor, honra, abnegación, equidad, ternura: todo se reúne para integrar en dicho carácter un prototipo de nobleza.

Siendo mi propósito publicar, por ahora, las escenas del rescate y del funeral solamente, o sea, como dije, el trozo final de la *Ilíada* (versos 468 - 804), limitaréme a recordar la caracterización del héroe en su duelo con *Ajax*, en el episodio de los adioses, y en el de su combate con *Aquiles*; pero reproduciré, por considerarlo el más típico, a pesar de su brevedad, aquel apóstrofe del canto XII (231 - 250) a *Polidamas* el augur, quien a la vista del águila que, volando de la izquierda, dejó caer sobre el campo troyano una serpiente herioa, aconsejábale ordenar la retirada. Resistiéndose a la interpretación del mal agüero, el héroe le opone el deber para con la Patria: estado de ánimo que lo acerca tanto a nosotros y que constituye una prueba más de la íntima conexión de nuestra raza con la progenitora helénica.

El hecho es tanto más significativo cuanto que se trata de un heleno asiático, mas sometido a la influencia del fatalismo oriental; pero revela, con la inherente libertad del espíritu, la existencia de una civilización ya adulta.

He aquí esas palabras, eternamente memorables para la gente greco-latina, cuyo carácter racionalista y libre expresan con tanta propiedad:

—*Polidamas*, tu idea no me agrada, realmente,
Y concebir podrías algo más importante.

Si en serio hablas, los dioses trastornaron tu mente;
Pues quieres que olvidándome de lo que Zeus tonante
Me aconsejó, y que luego me acordó y prometió,
Al vuelo de los pájaros obedezca. Mas, yo,
Ni en ellos paro mientes, ni me inquieta que, acaso,
Por la derecha vayan hacia el sol y la aurora,
O por la izquierda tomen hacia el sombrío ocaso.
Sigamos los consejos del gran Zeus, por ahora,
Que él, sobre hombres y dioses, reina en el Orbe entero.
Combatir por la Patria: he ahí el mejor agüero. (1)
Por qué temes la guerra y el combate? Aunque todos
Nosotros muertos fuéramos junto a la flota argiva,
No te amedrentaría perecer de este modo,
Porque ni es tenaz tu ánimo, ni la lucha lo aviva.
Mas, si de la pelea tú desertar dispones,
O bien con tus palabras consigues que abandone
Algún otro la guerra, perderás sin tardanza
El sople de la vida, pasado por mi lanza.

Este concepto superior del deber patriótico no lo alcanzaron los paladines cristianos, aunque la caballería fué, como lo tengo dicho, «la imitación de Homero».

Su barbarie impidióles adoptar otras cosas que la situación bélica o las pasiones de los héroes, aunque todo esto con un ajuste tal que comprende los más mínimos detalles.

En mi estudio sobre Diomedes («Un Paladín de la Iliada», *passim*) he dado de ello abundantes pruebas. He aquí otra entre las mejores, relativa

(1) Subrayo este verso porque se convirtió para los griegos en un proverbio patriótico: prueba de lo bien que interpretaba su concepto en la materia.

al juramento de no comer ni beber y de no asearse ni arreglarse hasta no haber vengado el agravio. Esto, que parece tan típico de los romances, fué imitado de Aquiles.

Así cuando en el canto XIX, Ulises y Agamenón hablan a aquél de la comida con que los guerreros deben prepararse para la lucha, el vengativo Peliónida les contesta (203 - 210) :

—Aun yacen malheridos los que Héctor abatió
 Cuando Zeus le dió gloria ¡e invitáis a comer!
 A la gente aquea, antes la induciría yo
 A pelear en ayunas y en seco, y a no hacer
 Un gran banquete, sino cuando ya el sol poniente,
 Hayamos nuestra afrenta vengado enteramente.
 Hasta entonces no me han de pasar por la garganta
 Bebida ni alimento, etc.

Y todavía, cuando después de haber inmolado a Héctor, regresa triunfante y todos los jefes lo conducen por galardón a la tienda del rey (XXIII, 38 - 47) :

Llegados a la tienda de Agamenón, mandaron
 Que al fuego, los heraldos de alta voz, al momento
 Pusieran un gran trípode, y al Pelida invitaron
 A lavarse las manchas del combate sangriento.
 Mas, negóse obstinado, e hizo este juramento :
 —No, por Zeus, de los dioses el divino y mejor!
 No es justo que mi cara toque el lavatorio, antes
 Que a Patroclo en la pira coloque, y que levante
 Su tumba, y los cabellos me corte; pues dolor
 Igual a éste, en la vida lo sentiré mi pecho.

La expiación había empezado con el galope de los carros de guerra en torno del cadáver de Patroclo, insepulto aún, mientras el de Héctor arrasaba atado al carro de Aquiles. He aquí las palabras del vengador y la escena (XXIII, 6 - 13):

—Jinetes mirmidones, amigos bien amados,
Antes que los corceles hayamos desatado,
Con ellos y los carros rodeándolo, lloremos
A Patroclo—que es ésta la honra de los difuntos—
Y cuando de lamentos fúnebres nos saciemos,
Soltaremos las yuntas y cenaremos juntos.

Dijo, y ellos, gimiendo mucho, a Aquiles siguieron,
Y con los bien crinados potros tres vueltas dieron
En torno del cadáver.

Ahí empieza el milagro de la conservación del cuerpo, que Afrodita y Apolo deciden, para que Príamo pueda rescatarlo incólume y hacerle los honores de la pira.

En vano Aquiles ratifica ante la de Patroclo su propósito de echar el troyano a los perros, como supremo ultraje, hablando en esta forma a los manes del amigo muerto, cuya hoguera fúnebre acaba de encender (Id. 179 - 191):

—Alégrate en el Hades, oh Patroclo, que ahora
Cuanto te prometiera cumplo. El fuego devora
Doce intrépidos hijos de eminentes troyanos,
Junto contigo: y a Héctor el Pirámida, luego
Como pasto de perros lo echaré, que no al fuego.

Dijo así, amenazando; pero no se acercaban
Los perros al cadáver, porque de noche y día
Los corría Afrodita hija de Zeus, y untaba
Al muerto con aceite de rosa y de ambrosía,
Para que no se hiriera cuando aquél lo arrastraba.
En tanto, Febo Apolo desde el cielo cubría
Con nube azul el campo, tapando el cuerpo, para
Que el ardor del sol, miembros y nervios no secara.

El milagro continúa, a título de honra suprema,
en el canto final. Los funerales de Patroclo han
concluído con los juegos que acaban de celebrar
los héroes, pero Aquiles continúa entregado a su
dolor y a su venganzâ (1 - 21):

Disuelto ya el concurso, dispersóse la gente,
En la flota buscando cena y sueño clemente.
Sólo Aquiles, su amigo recordaba llorando,
Y el sueño que domina todo, no lo rendía.
A un lado y otro dábase vueltas él, lamentando
La falta de Patroclo, su vigor y energía,
Y todas las penurias y trabajos sufridos
Con él, en guerra de hombres y en las olas riesgosas.
Así, bañado en lágrimas, recordaba esas cosas,
De costado, de espaldas o de pecho tendido;
Hasta que, levantándose, vagaba distraído
Por la ribera, y nunca la salida perdía
De la aurora naciente sobre el mar. Luego uncía
Al carro los veloces corceles, amarraba
Detrás a Héctor, y entonces tres veces lo arrastraba
En torno de la tumba del meneciada muerto.
Y mientras a la tienda volviendo, descansaba,
De bruces en el polvo tendido lo dejaba.

Mas, Apolo, apiadándose del varón, aunque yerto,
El cuerpo con la áurea égida intacto resguardaba,
Para que no se hiriese cuando aquél lo arrastraba.

Así las cosas, Príamo, inspirado por Iris, a quien Zeus envió con tal fin, decide arriesgarse a intentar el rescate del cuerpo, y emprende en persona la marcha hacia el real de Aquiles.

Hermes, que debe ayudarlo en aquella peligrosa excursión nocturna, hácesele encontradizo a orillas del Xanto, dándose por un joven servidor de Aquiles; y como el anciano le pregunta si Héctor yace todavía junto a la flota o si aquél lo ha entregado ya a los perros, dice (411 - 423):

—Oh anciano, perros ni aves lo han comido hasta ahora.
Yace ante el buque y tienda de Aquiles todavía;
Y aunque ya le ha pasado la duodécima aurora,
Ni se pudren sus carnes intactas, ni hasta hoy día
Lo pican los gusanos que, por cierto, devoran
A las víctimas de Ares. Si a cada nueva aurora,
Alrededor del túmulo de su amigo querido,
El otro, inexorable, lo arastra, tú, asombrado,
Cuán fresco está verías. De su sangre lavado,
No conserva una mancha; y aunque fué tan herido
Con el bronce, ya todas sus llagas se han curado.
Así, aun después de muerto, los bienaventurados
Dioses a tu hijo amparan, pues les fué muy querido.

Por lo demás, el milagro es también simétrico, en virtud de la antedicha imparcialidad; pues Tetis, a pedido de Aquiles, resguardó en igual forma, de la putrefacción, el cadáver de Patroclo (XIX, 21 - 39).

Así que el dios cumplió su cometido, llevando al anciano rey hasta la tienda de Aquiles, dióse a conocer por quien era; y allí empieza el eternamente celebrado final del poema eterno.

Cuando uno lo ha recorrido, como quien dice paso a paso; cuando detiéndose a contemplar en retrospectivo conjunto la inmensa obra, atónito aun con el resplandor y el estruendo del bronce; habituado a los númenes de majestad y a los héroes de hermosura y de fuerza, que pasan celebrados por los millares de clarines de oro de los exámetros, entre relámpagos de gloria y truenos de música formidable; después de haber visto rodar en la armonía de una divina máquina los tres orbes: el del cielo, el del mundo y el del infierno—que son, por su turno, Urano, Gea y el Hades—; y las mortíferas tareas, y las fructíferas labores; y la tierra atronada por los corceles de cascos duros como el ágata; y el aire obscuro de polvo en que las lanzas relumbran como estrellas; y las resplandecientes armaduras y los resonantes carros; y los tremendos gritos y los nobles discursos; y el hervor, como de hierro y oro, de las pasiones; y, en fin, los cuatro elementos que cimentan el mundo; y el destino, por demás; y toda la vida y toda la muerte: asombra que esta página final pueda encumbrarse aún sobre tanta altura, hasta la suprema elevación de lo patético.

No es mi ánimo entrar al estudio de sus valores

estéticos y psicológicos: a su crítica, propiamente dicho; pues quiero dejar que el lector lo aprecie en el mismo trozo, confirmando, de seguro, el juicio de la Antigüedad.

Advertiré, tan sólo, que en la definitiva purificación del dolor, el mismo Aquiles sale ganando. El recuerdo de su viejo padre, evocado por Príano suplicante, enternece, al fin, su corazón indómito. Lloro el héroe sus más nobles lágrimas, y así se alivia del rencor que lo martirizaba con su zarpa de bronce. Solitario en su gloria, como el águila en su peñón, y como ella triste de fiebre y de soledad, ya no le queda más que la muerte. La muerte sabida y aceptada, que constituye la perfecta nobleza del varón. Porque es la muerte así lo que define al héroe. Y esta sola enseñanza bastaba para comprometer la gratitud del género humano. La vida lograda como por mano de artista, mediante el cumplimiento del destino con que se nació, es la mejor obra de belleza que pueda el hombre realizar; pues así habrá esculpido en su barro percedero—que barro y nada más somos, de polvo fugaz, un instante amasado con sangre y lágrimas—el modelo divino en que encarnamos nuestra misteriosa noción de la armonía y de la esperanza. Pero la muerte voluntaria, por prevista o por aceptada en la serenidad de un desenlace necesario, constituye el heroísmo, es decir la belleza exaltada a lo sublime. Y cómo no, si viene a resultar el supremo

sacrificio en aras de la equidad o del bien ajeno.

El mayor beneficio que traje a los mortales, dice el Prometeo de Esquilo, fué impedirles que previesen la muerte.

Aquiles, como todos los que a sabiendas se inmolan, renunció a ese bien. El sabía que, consumada la ruina de Troya, el fin de su existencia había llegado. No vacila en poner todo su esfuerzo a la consecución de dicho fin, porque tal es la conveniencia de su patria.

Y al ir cumpliendo, así, por mano propia, su destino aciago, con tanto dolor, tanta fatiga y tanta hazaña, es como si fuera labrando en lo más excelente de sí mismo la copa de la libación final. Y parece que la corona con aquella su noble bondad hacia el viejo Príamo, agobiado por la inmensa desdicha. No de otro modo, en la tumba y en el banquete paganos, ponía idéntica amabilidad el sombrío frescor de la hiedra. La grande lección de la *Iliada* es la serenidad, no en la resignación deprimida, sino en la fuerza combatiente. Seres de violencia y de pasión, de amor y de presa, aquellos jefes son un prodigio de vida. Pero lo más hermoso que tienen es su manera de caer. Lo más hermoso y humano, es decir, lo más interesante para lección heroica; porque si son semidioses como vivientes, mueren como hombres.

Tal cual podía concebirlo la tranquilidad de un alma pagana, la *Iliada* es, en suma, un poema

de amor y muerte. La guerra que canta, la ha causado aquella beldad fatal que Troya encierra para su perdición; pues en la divina iniquidad del Amor, en su «ceguedad» más fuerte que los hombres y los dioses, porque es un agente del Destino, superior también a todos, va ínsito el desenlace trágico. Ceguera y perdición, se corresponden; y ésta es la tremenda clave del mito aparentemente pueril, encarnado en el niño ciego que representa, míseros de nosotros, la omnipotencia del instinto. Amor y muerte: he ahí, a su vez, el símbolo de la flecha, que comprende todavía cosas más arduas de expresar.

La *Iliada* empieza con la disputa por una mujer: Crise; y acaba, como la vida humana, con la erección de un sepulcro. Su canto final hállase destinado, así, a la honra del héroe que murió por la Patria. Su lección suprema es, pues, repito, no tanto la hermosura con que celebra la vida heroica, como la belleza con que enseña a morir.

Desde el guerrero que cae sobre su escudo en las Termópilas, habiendo dejado toda esperanza a la entrada del desfiladero fatal, como un ramo de mirto en el dintel de la Muerte, hasta el estoico romano que se abre las venas en su baño final, inspira a esos antiguos la misma dignidad serena del desenlace voluntario. Nunca más dueño de sí el hombre que en esa opción de la suprema libertad o de la justicia definitiva.

Sólo ante su propia conciencia que lo aplas-

ta, o ante la fatalidad que lo domina, o ante la fuerza ajena, más poderosa que su decisión, o ante el honor que va irremisiblemente a mancharse: átomo doloroso bajo esas potencias enormes que son la especie, la sociedad, la autoridad, la opinión, el deber, él es todavía el más fuerte; y en la decisión de la pálida mano con que entorna sin temblar la puerta de silencio y de sombra, impónese a la misma eternidad un decoro de señorío. Catón de Utica es del mismo linaje heroico que los paladines de la *Iliada*. «Soy mi propio amo», dice al decretarse la muerte; y Séneca comenta, afirmando que así «se dió la libertad». La muerte es el último precio de la libertad y del honor que, en efecto, valen más que la vida.

El trozo de trescientos treinta y seis alejandrinos que sigue tiene, como todos los anteriores de éste y de mis otros estudios, el mismo número de versos que el original.

Por lo que respecta a su adecuación, ya que según lo sostengo y compruebo en buena parte con aquella exactitud, el alejandrino es el exámetro romanceado, expongo en seguida las variantes que mi impotencia me obligó a introducir, y que son pocas, por ventura.

En el verso 468º. del original, es mío el pleonismo «sin doblez»; pero corresponde al estado de ánimo de Príamo, en su condición resignada de suplicante que no intenta ocultar su dolor ante Aquiles victorioso.

He suprimido algún epíteto de los que en la poesía homérica son meros expletivos de construcción, y que en la nuestra serían de relleno, con lo cual puédesse eliminarlos una que otra vez, sin detrimento de la composición: así, en el verso 607º., el de Latona «kalipareo» o de las hermosas mejillas: mientras en una sola parte, en el exámetro 710º., he añadido el epíteto «ínclita», perfectamente homérico, por lo demás, al de augusta o venerable con que el texto ilustra a la madre de Héctor.

Son también de mi cosecha el expletivo «con tu espada» en el verso 729º., que se refiere a la defensa del pueblo inerme de Troya; y las voces de igual carácter «cruels» y «traidora» en los exámetros 778º. y 779º., todos ellos ripios impuestos por la rima, que es mi desventaja mayor, entre tantas como apareja una traducción en verso.

Y no creo que haya otras libertades exigentes de mención.

El trozo empieza cuando Hermes, después de manifestar a Príamo quién era, lo deja a las puertas de la tienda de Aquiles (XXIV, 468-804):

Dijo y al vasto Olimpo volviósse Hermes. Saltando
Del carro, entonces, Príamo, dejó a Ideo cuidando
Los caballos y mulas, y enderezó a la tienda
Que Aquiles, caro a Zeus, tenía por vivienda.

Halló que, de los suyos, sentado aparte, estaba;
Y Automedonte el héroe, y Alkimo, raza de Ares,
Servíanlo tan sólo, pues su cena acababa,
Y aun cubrían la mesa bebidas y manjares.
Sin ser visto, el gran Príamo entró allá, y abordando
A Aquiles, las rodillas le abrazó, y fué besando
Las crueles y homicidas manos que le mataran
Tanto hijo. Y cual sorprende ver al que habiendo dado
Muerte en su patria a un hombre, por la suerte agobiado,
Huye a otro pueblo, donde de algún rico se ampara:—
Así al deiforme Príamo vió Aquiles asombrado,
Y los otros, atónitos, miráronse a su vez.
Y de este modo Príamo rogóle sin doblez:

—Acuérdate, oh Aquiles, igual a una deidad,
De tu padre que ahora tiene mi misma edad
Y pasa ya el funesto portal de la vejez.
Quién sabe si a estas horas, de vecinos sitiado,
Nadie habrá que le evite la ruina y la pelea.
Mas, sabiendo él que vives, esperará alentado
El día en que de Troya volver a su hijo vea.
Tan sólo yo el misérrimo, tuve hijos renombrados
En la amplia Troya, y de ellos ninguno me ha quedado.
Éran, cincuenta cuando llegó la gente aquea.
Diecinueve de un solo seno, y a los restantes
Otras mujeres diéronmeles en el palacio el ser.
A los más, las rodillas les quebró Ares pujante;
Y el que me quedaba, único ya, para defender
La ciudad y sus propios moradores, peleando
Por la patria, hace poco, sucumbió a tu poder.
Fué Héctor, por quien vine a la flota aquea, aportando
Para recuperártelo, un rescate incóntable.
Pero, teme a los dioses, y en tu padre pensando,

Ten piedad de mí, Aquiles. Yo soy más lamentable,
Porque ningún viviente sufrió como yo, cuando
La mano del mismo hombre matador de mis hijos
Llevé a mi boca.

Díjole, y ansia le fué inspirando
De llorar a su padre. Con ademán prolijo,
Su mano apartó al viejo; y entrambos recordando,
Uno a Héctor, el valiente luchador, sin consuelo
Lloró a los pies de Aquiles, echado por el suelo,
Mientras el mismo Aquiles ya a su padre lloraba,
Ya a Patroclo, y las quejas hasta el techo llegaban.
Cuando el divino Aquiles hartóse de gemidos,
Pecho y cuerpo aliviándose, dejó el solio, y cogiendo
Por la mano al anciano, lo alzó y compadecido
De su cabeza y barba blancas, le fué diciendo:

—¡Ah, infeliz, muchas penas tu alma sufrió realmente!
¿Cómo a la flota aquea venir solo has osado,
Y presentarte a un hombre que tanto hijo valiente
Te mató? ¡Férreo pecho tienes! Mas, toma asiento,
Y dejemos las penas reposar un momento
En el alma, aun cuando ambos estemos afligidos,
Pues de nada aprovechan los amargos gemidos.
Los dioses a los míseros mortales destinaron
A vivir tristes, y ellos tan sólo se libraron.
Dos toneles que hay en el atrio de Zeus, contienen
Los dones que él hace: uno males y el otro bienes.
Aquel a quien, mezclados, los da Zeus fulminante,
Ya la desdicha aciaga, ya la victoria obtiene.
Mas, el que sólo penas logró, afrentado yerra,
De horrenda hambre hostigado, por la divina tierra,
Sin que lo honren deidades ni humanos. Claros dones
Hicieron a Peleo desde la misma cuna,

Los dioses, con que a todo hombre, en dicha y fortuna
 Aventajó él, reinando sobre los mirmidones.
 Y aunque era mortal, una diosa fué su mujer.
 Mas, también la impusieron el mal de no tener
 Hijos que en su palacio reinaran. No engendró
 Sino uno que sería de corta vida: yo,
 Que su vejez no cuido, pues, de mi patria ausente,
 Sigo en Troya, angustiándote a ti y tus descendientes.
 Dicen que antes, anciano, fuiste también dichoso:
 Que en cuanto va de Lesbos donde Macar reinó,
 Hasta la alta Frigia y el Helesponto anchuroso,
 Por tu riqueza y prole tu fama descolló.
 Mas, desde que trajéronte esta calamidad
 Los uranianos, reinan en torno a tu ciudad
 Lucha y matanza. Súfrello sin llorar con exceso;
 Pues no lograrás, aunque te acongojes por tu hijo,
 Que resucite, y nuevo daño te harás con eso.

Mas, el anciano Príamo, igual a un dios, le dijo:
 —Al solio no me invites, hijo de Zeus, en tanto
 Que en la tienda, insepulto, yace Héctor. Dámelo antes,
 Que mis ojos lo vean, y tú recibe cuanto
 Para ti hemos traído por rescate abundante.
 Así gozarlo puedas, vuelto a tu patrio suelo
 Ya que vivir me dejas y ver la luz del cielo.

Mas, el rápido Aquiles, con sombría mirada,
 Díjole:

—No me ofendas, anciano, que acordado
 Tengo devolvete a Héctor. Pues a mí vino, enviada
 Por Zeus, la hija del viejo del mar, que el ser me ha
 Y sin ninguna duda, Príamo, he comprendido [dado,
 Que te trajo algún numen hasta la flota aquea;

Pues no hay mortal que osara, por más joven que sea,
Venir hasta el ejército, pasar inadvertido
La guardia, y sin obstáculo destrancar nuestras puertas.
No avives, así, en mi alma, las heridas abiertas,
Y hagas que olvide, anciano, que eres mi suplicante,
Y viole las órdenes de Zeus.

Tal se expresó.

El viejo obedecióle medroso; y semejante
A un león, el Pelida de la tienda salió.
No iba solo, que a un tiempo dos hombres lo siguieron,
El héroe Automedonte y Alkimo, compañeros
Que prefería desde que Patroclo murió.
Desatando caballos y mulas al momento,
Hacen que entre el heraldo del viejo y tome asiento,
Y del carro retiran el rescate sin tasa
De la cabeza de Héctor, dejando solamente
Dos mantos y una túnica de tejido excelente,
Con qué envolver el cuerpo para llevarlo a casa.
Llamando él las criadas, ordénales lavar
Y ungir el cuerpo aparte, porque quiere evitar
Que al ver Príamo a su hijo, se aflija o arrebate
De tal modo, que Aquiles se enfurezca y lo mate,
Quebrantando las órdenes que Zeus le quiso dar.

Luego que las criadas lo lavaron y ungieron,
En un buen manto y una túnica lo envolvieron.
Aquiles mismo púsolo en un lecho acostado,
Al carro lo subieron los suyos, y a su amigo
Evocó aquél gimiendo:

—No te ofendas conmigo

Patroclo, si en el Hades sabes que he entregado
Al padre el divino Héctor, mediante un suficiente
Rescate en que he de darte la parte conveniente:

Dijo el divino Aquiles y a la tienda volvió,
Tomando el esculpido sitial que antes dejó
Contra el muro y enfrente de Príamo, a quien dijo:

—Anciano, cual querías, rescatado está tu hijo.
Yace puesto en un lecho, y al despuntar la aurora,
Podrás verlo y llevártelo. Mas, cenemos ahora;
Pues aun la crespa Níobe cedió al hambre, en verdad,
Cuando sus doce vástagos en la mansión murieron:
Seis hijas y seis hijos en la flor de la edad.
Bajo su arco argentino los mató Apolo, airado
Con Níobe, a ellos; y a ellas, Artemis la flechera,
Porque aquélla a Latona se había comparado,
Diciendo que dos tuvo, cuando ella a tantos diera
El ser; aunque con todos esos dos concluyeron.
Sangrientos e insepultos, nueve días yacieron:
Que el Kronida las gentes volvió de piedra, en tanto;
Sólo al décimo, tumba los númenes les dieron.—
Esa, pues, cedió al hambre cuando se hartó de llanto.
Y ahora, aunque hecha piedra entre las rocas del Sipilo,
En cuyas agrias breñas dicen que está el asilo
De las ninfas que junto del Aqueloo retozan,
Aun devora el castigo de los dioses. Así,
Divino anciano, hagamos por comer algo aquí;
Y más tarde, al caro hijo por quien tu alma solloza,
Lleva a Ilión, y allá sea muy llorado por ti.

Dice el veloz Aquiles y, saliendo, degüella
Una cándida oveja que los suyos desuellan,
Cortan prolijos, pónenla al asador, y luego
Cuando asan todo a punto, lo retiran del fuego.
Repartió en lindas cestas Automedonte el pan
Y Aquiles las porciones de carne, y en seguida
Hacia las viandas ellos hicieron ademán.

Saciado ya el deseo de bebida y comida,
Admiró a Aquiles Príamo Dardánida, porque era
Como un dios por su talla, su aspecto y su manera.
Y al Dardánida Príamo Aquiles admiró,
Por lo noble del porte y el modo como habló.
Cuando ambos satisfechos de contemplarse fueron,
Así el deiforme anciano Príamo habló primero:

—Hijo de Zeus, permite que me acueste y que goce
Del dulce sueño, porque mis ojos no he pegado
Desde que por tu mano fuera mi hijo inmolado;
Antes gimiendo y presa de dolores atroces,
Anduve en el estiércol del patio revolcado.
Sólo aquí he comido algo y a la garganta eché
El vino negro; que, antes, nada, en verdad, probé.

Dijo él, y ordenó Aquiles a amigos y criadas
Preparar bajo el pórtico camas con bien tendidas
Bellas colchas de púrpura, y cojines y mullidas
Túnicas de abrigarse. Pronto, de la morada,
Aquéllas, con antorchas en las manos, salieron,
Y dos lechos con toda diligencia tendieron.
Y así el divino Aquiles dijo al otro chantageando:

—Acuéstate, pues, fuera, viejo amigo; no sea
Que venga algún aqueo, como suelen, tratando
De consultar fielmente conmigo alguna idea;
Y a pesar de la rápida negra noche, te vea,
Y ante el pastor de pueblos Agamenón, hablando,
La entrega del cadáver se retarde. Mas, ea,
Dime sinceramente cuántos días deseas
Celebrar las exequias del divino Héctor, para
Que, en tanto, yo y mis tropas cesemos la pelea.

Así el deiforme anciano Príamo ha respondido:
—Si que haga al divino Héctor exequias has querido,
Con que obres así, Aquiles, me causarás agrado:
Sitiados, como sabes, en la ciudad, debemos
Traer leña del monte distante, y aterrados
Los troyanos son. Nueve días lo lloraremos
En el palacio; el décimo lo habremos sepultado,
Y luego al pueblo el fúnebre banquete será dado.
El undécimo, un túmulo sobre él levantaremos;
Y si es fuerza, el duodécimo a pelear volveremos.

Así el divino y rápido Aquiles, por su lado,
Le dijo:

—Anciano Príamo, se hará como decides.
Suspenderé la guerra por el tiempo que pides.

Tal dijo, y por el puño la diestra tomó al viejo,
Para que ningún miedo le entrase al corazón;
Y heraldo y Príamo en el portal de la mansión
Acostáronse entonces, con prudente consejo.
Al fondo de la sólida tienda Aquiles dormía,
Y a su lado Briseida la lozana yacía.

En tanto el dulce sueño, dioses y combatientes
Rindió toda la noche; sólo Hermes diligente
No logró abatir; que éste, pensando cómo haría
Para alejar a Príamo de las naves ancladas,
Burlando a los guardianes de las puertas sagradas,
Puesto a la cabecera del rey, así decía:

—¡Oh, anciano, cómo duermes y nada desconfías
Entre enemigos, sólo de Aquiles respetado!
Si a tanto precio tu hijo querido has rescatado,

Los otros que dejaste, tres veces más tendrían
Que ofrecer por salvarte, si aquí te descubría
Agamenón, o a verte los aqueos aciertan.

Dice; el viejo, alarmándose, al heraldo despierta;
Y Hermes, unciendo mulas y caballos, los guía
Al punto entre el ejército, sin que nadie lo advierta.

Pero al llegar al vado del río hermoso (el Xanto
Rebullente, que Zeus inmortal engendró)
Fuése al vasto Olimpo Hermes.

Y así que se esparció
Sobre el mundo la Aurora de azafranado manto,
Hacia la ciudad, ellos, con lamentos y quejas
Guiaban los caballos y el tiro de parejas
Mulas, que los despojos mortales llevando iba.
Nadie hay, hombre o esbelta mujer, que los perciba.
Mas, Casandra, que a la áurea Afrodita semeja,
Desde Pérgamo donde subió, el carro advirtiendo,
Y en él al padre amado y al heraldo elegido,
Y al que las mulas llevan en un lecho tendido,
Grita por todo el ámbito, en sollozos rompiendo:

—¡Troyanos y troyanas, a Héctor venid a ver,
Cual gustábaos que vivo del combate tornara
Quien de ciudad y pueblo supo el encanto ser!

Así dijo, y no hubo hombre ni mujer que quedara
En la ciudad; pues todos, con inmensa congoja
Corriendo hacia el cadáver, se agrupan en las puertas.
Y el cabello arrancándose, sobre el carro se arrojan
Para tocar, primeras, esa cabeza muerta,
La amada esposa y la ínclita augusta madre, en tanto

Que el pueblo en torno llora. Y así, vertiendo llanto
 Por Héctor se quedaron ellos ante las puertas,
 Todo el día, hasta hundírseles el sol en el ocaso,
 Si el viejo, desde el carro, no les dice:

—¡Abrid paso

A mis mulas! Que cuando lo lleve a casa, hartaros
 Podréis de llanto.

Díjoles, y ante el carro se abrieron.
 Ya dentro el noble alcázar, el cadáver pusieron
 En un torneado lecho, junto al cual colocaron
 Cantores que entonaron con dolientes querellas
 El treno. Y las mujeres sollozaban. Y entre ellas
 Rompió el lamento Andrómaca de los brazos lozanos,
 Con la cabeza de Héctor, el temido, en sus manos:

—Varón, joven has muerto, dejándome viuda
 En casa, y tierno al hijo que en hora infortunada
 Tuvimos, y que a mozo no llegará, sin duda,
 Ya que esta ciudad, antes, será a fondo arrasada;
 Pues caíste tú que eras su amparo, y con tu espada
 Defendías los tiernos niños y las matronas,
 Quienes, pronto, a las cóncavas naves serán llevadas,
 Como yo misma entre ellas; y conmigo, en persona,
 Tú también, hijo mío, si no hay algún aqueo
 Que desde las almenas te arroje de la mano,
 Dándote horrible muerte por vengar a un hermano,
 Padre o hijo a quien Héctor mató, pues muchos fueron
 Los que, con él luchando, la amplia tierra mordieron.
 No era blando en la aciaga lucha tu padre; que ahora,
 Por esto mismo todos en la ciudad lo lloran.
 ¡Héctor, si causas tantas desolación y quejas
 A tus padres, congoja más aguda me dejas;
 Pues, ni al morir, del lecho las manos me tendiste,

Ni un consejo que siempre recordara, me diste,
Cuando vierta mis lágrimas noche y día;

Así dijo

Llorando, y las mujeres gemían su tormento.
Y empezó a su vez Hécuba el profundo lamento:

—Héctor, el más querido de mi alma entre mis hijos:
Ciertamente, los dioses, cuando vivo te amaron,
Puesto que hasta en la muerte fatal, de ti cuidaron.
Si Aquiles, a los otros hijos que nos prendía,
Pasando el mar estéril al punto los vendía
En la escarpada Lemnos, Samos o Imbros, a ti
Arrancándote a punta de bronce el alma aquí,
Te arastró muchas veces, el sepulcro rodeando
De su amigo Patroclo que tú mataste, aun cuando
No logró, ciertamente, resucitarlo así.
Y, sin embargo, yaces tan fresco en la mansión,
Como si ayer hubieras muerto; igual al que mata
Con indolentes flechas Apolo arco de plata.

Así dijo llorando; y entre la honda aflicción,
Fué Helena la tercera que alzó lamentación:

—Héctor, el más querido de todos mis cuñados,
Puesto que fué el deífico Alejandro, el marido
Que a Troya me trajo—¡antes yo hubiera perecido!—
Veinte años ha que desde mi patria hube llegado,
Sin que una expresión áspera o vil de ti haya oído.
Antes, si en casa, alguno de aquéllos me increpaba,
O cuñadas, o esbeltas concuñadas, o suegra,
(Que el suegro siempre como buen padre me trataba)
Tú al punto reprimíaslo y su enojo calmabas
Con la amable palabra que persuade y alegría,

Por eso, desdichada, de corazón te lloro,
 Que en la amplia Troya nadie se me mostrará blando,
 Pues han de odiarme todos!

Así dijo llorando,

Y el gentío elevaba su lamento sonoro.

Príamo, entonces, díjoles:

—Acarread leña ahora

A la ciudad, troyanos, sin temor de que, infieles,
 Los aqueos os tiendan emboscada traidora.
 Que al despedirme Aquiles en los negros bajeles,
 Me prometió tregua hasta la duodécima aurora.

Dijo, y bueyes y mulas a los carros unciendo,
 Fuéronse en seguida ante la ciudad reuniendo.
 Durante nueve días mucha leña acarrearon,
 Y en la décima aurora que alumbró a los mortales,
 Llorando al divino Héctor, su cadáver alzaron
 A la pira, y prendieron las llamas funerales.

Cuando la rosodáctila Aurora, en el Naciente
 Brilló, en torno a la pira del noble Héctor, la gente
 Congregóse, y ya toda junta, apagaron luego
 Con negro vino cuanto quemó el furor del fuego.
 Los hermanos y amigos, en lágrimas bañados,
 Recogieron, gimiendo, los huesos calcinados.
 Pusieronlos en una caja de oro, cubierta
 Con un fino y purpúreo paño, y en la ya abierta
 Fosa la sepultaron, tapándola con muchas
 Grandes piedras, y un túmulo erigieron de prisa.
 En torno vigilaban sentados los escuchas,
 Que alguna tropa aquea no atacara improvisa.
 Acumulado el túmulo, tornaron al poblado.

Y en seguida, volviéndose a juntar de buen grado,
Celebraron, espléndido, el banquete de honor
En la mansión de Príamo, rey de Zeus ayudado.

Así hicieron las honras de Héctor el Domador.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

I

LA PROGENIE HOMÉRICA	7
DISCURSO PRELIMINAR	15
LA FUNESTA HELENA	29

II

UN PALADÍN DE LA ILÍADA	67
-------------------------------	----

III

LA DAMA DE LA ODISEA	139
EL CANTO V DE LA ODISEA	157
EL CANTO VI DE LA ODISEA	201
EL RECONOCIMIENTO DE ULISES Y PENÉLOPE	225

IV

HÉCTOR EL DOMADOR	251
LA DESPEDIDA DE HÉCTOR Y ANDRÓMACA	259
EL DUELO DE HÉCTOR Y AYAX	267
LA MUERTE DE HÉCTOR	285
EL RESCATE DE HÉCTOR	313



TALLERES GRAF.
PORTER H^{nos}.
E. Rios 1583/85
U. T. 4219, B. O.

